

Ignacio Muñoz Delaunoy y Luis Osandón Millavil
compiladores

LA DIDÁCTICA
DE LA
HISTORIA
Y LA
FORMACIÓN DE CIUDADANOS
EN EL MUNDO ACTUAL



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS. 2013
Inscripción N° 225.606

ISBN 978-956-244-270-1

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos
y Representante Legal
Sra. Magdalena Krebs Kaulen

Director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana
y Director Responsable
Sr. Rafael Sagredo Baeza

Editor
Sr. Marcelo Rojas Vásquez

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos
Av. Libertador Bernardo O'Higgins N° 651
Teléfono: 23605283
Santiago. Chile

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

DE LA 'HISTORIA TRADICIONAL' A LA 'NUEVA HISTORIA'

Ignacio Muñoz Delaunoy

1. DESAFÍOS

Los historiadores y los profesores están viviendo en un tiempo increíble, que les abre oportunidades impensadas, pero que les plantea, a la vez, desafíos bastante arduos. El inventario de desafíos es largo. Tres de ellos, sin embargo, asoman como los fundamentales.

Desde hace unos pocos años se ha puesto de moda el exigir a los profesores que dejen de hacer lo que han hecho siempre: enseñar hechos.

En lugar de practicar la forma canónica de la historia que impera desde los tiempos de los griegos, se les exige que lleven al aula las formas renovadas de historiografía impulsadas en los centros más dinámicos de la creación intelectual de nuestro tiempo.

Este requerimiento comporta una carga difícil de sobrellevar. La vieja Historia era relativamente fácil de abarcar, porque se trataba de una receta muy probada, cimentada en un conjunto de supuestos algo toscos, pero muy generalizados, que servían bien los intereses y prioridades más característicos del siglo XIX. Era claro, para todos, en qué consistía la Historia y cuáles eran los temas en los que ella debía concentrarse: la Historia tradicional era un discurso narrativo que se interesaba, primariamente, por todo lo que tuviera que ver con la evolución del Estado, que relataba las peripecias de grandes personajes, que concedía importancia crucial a los hechos de la vida política, dejando el resto fuera del ámbito de las preocupaciones legítimas. Era fácil contar historias tradicionales sobre los avatares experimentados por los héroes nacionales o sobre los conflictos que vivían los Estados con sus vecinos. Era fácil, también, enseñar ese tipo de Historia. Con la 'Nueva Historia', vamos a ver, todo se vuelve más complejo. Hay un desplazamiento desde el individuo a lo colectivo; de lo político a lo económico, social y cultural; de un enfoque que privilegia una mirada *desde arriba* a uno que favorece una *desde abajo*; de una lógica procedimental basada en el camino intuitivo que aporta la hermenéutica a una sometida a las pautas más rigurosas de las Ciencias Sociales; de una opción por el relato, como medio de significación de la evidencia, a una que se centra en los problemas y que adopta el tono del análisis. Aparte de todos estos cambios, la 'nueva Historia' trajo consigo el terremoto de la apertura. La realidad se diversificó, hasta incluir todos los temas imaginables (y algunos inimaginables). Para abarcar este campo tan amplio se hizo perentorio abrir las fronteras disciplinares. Había que explorar todas las dimensiones de lo humano, superando la concentración

tradicional en los asuntos de la política. Esta opción por una ‘Historia total’ exigió abandonar el suelo conocido, enriqueciendo el arsenal recursos del historiador con instrumentos técnicos adaptados para tratar los nuevos temas. Para obtenerlos hubo que construir puentes con la Sociología, la Economía, la Antropología o la Demografía.

Todo esto sucedía al mismo tiempo que tenían lugar cambios sustantivos dentro del propio mundo educativo, enmarcados en las premisas del constructivismo.

El docente comenzó a decirse, debía enseñar a los jóvenes modos de pensar y no hechos. Para dar ese paso, era esencial colocar al estudiante en el centro de sus procesos de enseñanza-aprendizaje. El profesor debía evitar entregar información procesada. Su misión, más bien, era generar las condiciones necesarias para que fuera el propio alumno el que construyera los hechos que conformaban su conocimiento.

¿Cómo se puede enseñar *pensamiento histórico*, en lugar de *conocimientos*, precisamente en el momento en que la propia disciplina ha perdido sus centros tradicionales de gravitación y ya no existe claridad sobre cuáles puedan ser sus funciones?, ¿cómo puede un profesor corriente hacerse cargo de las exigencias nuevas, derramadas dentro de mallas curriculares un poco difusas, sin contar con una preparación específica para ello? Por lo demás, ¿qué preparación debería recibir alguien al que se le exige que explore *todas* las dimensiones de la realidad, poniendo en usos conceptos y herramientas procedentes de diferentes especialidades?

Esta aventura fascinante que es la ‘Nueva historia’, cayó sobre las espaldas de los profesores, planteándoles el gravamen de requerimientos que la propia disciplina histórica no había logrado resolver. ¿Cuántos historiadores han sido capaces de escribir *historias totales*, que logren articular en forma inteligente los aspectos psicológicos, sociológicos, antropológicos, económicos, demográficos y políticos de la realidad pasada?, ¿cómo podría esperarse, sobre bases razonables, que los profesores de colegio puedan resolver en sus clases, las tareas pendientes de una disciplina que está viviendo el terremoto de una profunda redefinición interna?

Lo interesante de todo esto es que ha sucedido al mismo tiempo que se planteó un tercer desafío, que será discutido en el último capítulo de este libro. En la década de 1990, cuando muchos países iniciaron esfuerzos para poner sus currículos escolares en sintonía con las perspectivas renovadas de la historiografía, se produjo la irrupción súbita de las nuevas formas de información y comunicación centradas en Internet (TICs). Este proceso no se dio de manera evolutiva, tal como había pasado con todas las innovaciones tecnológicas anteriores. Fue un terremoto grado 10, que necesitó pocos años para modificar la manera como se genera el conocimiento y cómo se lo distribuye.

Todas las profesiones que basan su trabajo en el manejo de información han tenido que iniciar ajustes que están en pleno desarrollo. Se han planteado, en forma concomitante, hechos sociales inéditos. Los menores de treinta años,

que constituyen la primera generación cien por ciento nativa del mundo digital, tienen dificultades, hoy, para relacionarse con la Historia, disciplina tan dependiente de la cultura de comunicación asociada al texto. ¿Cómo enseñar Historia a una generación que se mueve con naturalidad dentro de la lógica del *hipertexto*, que ha transformado los espacios virtuales en puntos de encuentro para comunicarse, desplegar su subjetividad y generar conocimiento?, ¿cómo podría enseñarse a *pensar históricamente* a una generación que consume más imágenes y sonidos que palabras, que ha abandonado las fidelidades tradicionales –nación, clase, patria, etc.–, dando vida a experiencias de asociación cuyo escenario es el mundo global?

Aquí hay otro nudo que desatar. Para hacerlo es imperioso conocer la evolución que ha seguido la disciplina, desde la etapa en que se hizo una profesión.

2. EL MUNDO CLARO DE LA HISTORIA TRADICIONAL

La Historia es una de las disciplinas académicas con genealogía más larga. Adquirió su primera forma reconocible en la Grecia del siglo V a.C, cuando Tucídides y Heródoto descubrieron que había una manera relacionarse con el pasado, que era enteramente distinta a la que entablaban otros pueblos. ¿Cuál era la novedad introducida por los griegos? Cada pueblo conocido había contado con un grupo de especialistas cuya función era construir puentes con la tradición. Pero estos mediadores con lo alterno se diferenciaban de los historiadores concebidos por los griegos por el hecho de que sus composiciones orales o escritas siempre se condimentaban con elementos propios de una mentalidad religiosa o mítica. Los griegos dejaron la magia y la metafísica fuera del perímetro de la Historia, limitando el campo de acción del investigador a algo mucho más sencillo: ofrecer reconstrucciones verídicas de los sucesos, cimentadas en el examen crítico de la evidencia, operación completada bajo la guía exclusiva de la razón.

Esta manera 'occidental' de sumergirse en lo histórico, a través de un ejercicio factual, tuvo una larga sobrevida. Pudo remontar un siglo tras otro, sin sufrir transformaciones determinantes. En el siglo XIX este enfoque se cristalizó, de hecho, en una profesión.

La transformación del oficio en profesión se dio en el momento en que se producía en Europa una fuerte oleada de conservadurismo. Luego de la revolución industrial y de la revolución francesa se había iniciado un ciclo de transformaciones que estaban destruyendo las instituciones, los valores y las formas de sociabilidad. Los intelectuales quisieron rescatar el mundo tradicional, volcándose en forma masiva al pasado, a la saga de mitos, leyendas, tradiciones y conocimientos, que sirvieran para dar impulso a una nueva idea-fuerza, la de nación, entendida como una comunidad de seres humanos que comparten una cultura, forjada como resultado de una historia en común. Fue

en ese contexto general que comenzó a ser socialmente urgente transformar los estudios sobre el pasado en una actividad académica de mayor rango¹.

Hasta entonces la Historia había sido un ramo menor impartido a los estudiantes de Filosofía, Derecho o Teología. No había facultades o institutos de Historia, ni cursos especiales para historiadores, ni especialistas que se dedicaran a la Historia como rubro exclusivo de desarrollo intelectual. La Historia era practicada por *amateurs*, con una cultura universal, que escribían en sus tiempos libres sobre distintos materias.

Era apreciada no tanto por su condición de ciencia, dedicada al cultivo de un conocimiento exacto, sino como un medio que servía para que los mentores pudieran brindar a los jóvenes de la aristocracia la formación ética necesaria para desempeñarse como la futura clase dirigente. Por eso se la describía como una “maestra de la vida”, esto es, como depósito de los ejemplos necesarios para enseñar a los jóvenes cómo enfrentar mejor el presente y apañárselas con el futuro².

La vinculación de la Historia con estos fines instrumentales planteaba un problema con la cuestión de los datos. Los historiadores de la etapa preprofesional no consideraban como parte de sus obligaciones gastar muchas horas revisando papeles viejos para establecer la veracidad de los hechos. Lo que les interesaba, realmente, era pensar con vuelo y escribir con gracia, a la manera de nuestros intelectuales más puros. ¿Importancia de los hechos?: les interesaban los hechos solamente como munición para sus alegatos sobre el presente.

Las cosas comenzaron a cambiar hacia fines del siglo XVIII, en el corazón de Alemania.

A fines de ese siglo un grupo de eruditos perfeccionaron una serie de técnicas que permitían analizar de manera científica los vestigios que había legado el pasado. El desarrollo de la Gramática Comparada, la Epigrafía, la Filología, la Paleografía, la Numismática, la Arqueología, la Hermenéutica, fue integrado, en un cuerpo coherente, por Barthold Georg Niebuhr, conformando el llamado “método crítico”: un conjunto razonado de procedimientos gracias al cual era posible, por primera vez, establecer la verdad de los hechos, sobre bases indiscutibles.

Su trabajo permitió que los hechos comenzaran a adquirir una centralidad que no habían tenido jamás. Comenzó a vislumbrarse, como resultado de aquello, la posibilidad de transformar este arte menor en una disciplina universitaria.

Esto sucedió, de manera concreta, el año de 1810, cuando Wilhelm von Humboldt, hermano del famoso naturalista, creó la Universidad de Berlín. En este nuevo centro académico se dictaron los primeros cursos universitarios de Historia, propiamente dichos.

¹ Stephen Bann describe las distintas aristas de este proceso en *Romanticism and the rise of history*.

² Koselleck, Reinhart, “Historia magistra vitae”, pp. 41-66.

Los primeros pasos de este nuevo campo académico y profesional le debieron mucho al trabajo sistemático dos o tres generaciones de investigadores alemanes, cuyo nombre más conocido era el de Leopold von Ranke, que dieron forma a la Historia como una disciplina hermenéutica, aplicada al conocimiento de aspectos singulares de la realidad. El predicamento de estos historiadores, que todavía conserva su vitalidad, era bastante sencillo. Los filósofos, los grandes humanistas o los científicos de lo social, de esa época, intentaban conocer el pasado poniendo en juego capacidades interpretativas excepcionales, que operaban deductivamente. Luego de usar la inteligencia especulativa para construir un edificio abstracto, descendían al terreno empírico, en búsqueda de los ejemplos que necesitaba la columna central de su argumentación. El pasado se volvía, de esa manera, en una simple excusa para apuntalar una tesis previa. El camino de la Historia, aducían, debía operar al revés. Había que partir por el dato crudo y dejar la interpretación para el final. Lo primero de todo era expurgar al interprete de toda la filosofía que traía a cuesta. Los investigadores debían librarse de sus posiciones metafísicas, de todo marco interpretativo previo, incluidos los prejuicios, para poder enfrentar lo real sin interferencias. Sólo de esa manera, aducían los pensadores alemanes, era posible acceder al fondo o esencia de las cosas. ¿Qué fondo era ése? Los alemanes, miembros de la tradición idealista, daban por sentada la existencia de una fuerza espiritual última, que actuaba como el motor de todos los cambios. ¿Una razón abstracta, que condicionaba de manera determinista el actuar humano? Más bien, un principio racional que revelaba sus orientaciones subyacentes, manifestándose de manera un poco errática en lo concreto, en las contingencias mínimas que conforman la experiencia humana, haciéndola rica, diversa y siempre singular. Al estudiar *lo único*, en sus propios términos, se estaban sentado las bases para algo más: el estudio de las manifestaciones concretas de lo universal era el único camino efectivo para avanzar en la construcción de un cuadro narrativo que pudiera ofrecernos una impresión de conjunto de toda la historia universal.

La receta alemana causó furor dentro y fuera de Europa. En 1818 la Historia se convirtió en una asignatura independiente, definida como obligatoria en los currículos, en la Universidad de la Sorbona. En España, la reforma de 1845 posibilitó que algunas universidades crearan cátedras de Historia en las escuelas de Derecho. Los ingleses comenzaron con la profesionalización al mismo tiempo que los españoles. En 1850 la universidad de Oxford abrió su primera cátedra de Historia. En el resto Europa y Estados Unidos lo mismo sucedió durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX³.

En Chile, y otros países del Tercer Mundo, que se afirmaron como naciones más tarde, el proceso de difusión del modelo alemán, como pauta básica

³ Una excelente reconstrucción del proceso que condujo a la Historia a transformarse en un campo académico especializado y en una profesión en Gérard Noiriel, "La formación de una disciplina científica", pp. 51-91.

para el inicio de la profesionalización, se dio con rezago, pero se dio con la misma intensidad.

¿Qué elementos incluía este modelo tradicional de Historia, que se volvió un canon en cualquier parte del planeta, y que aportó la matriz para todo proyecto posible de educación en Historia?

Los fundadores de la profesión quisieron dar vida a un discurso neutro, que pudiera dominar los contornos de la realidad, bajo la premisa inalterada de la objetividad. Pero lo que produjeron, en realidad, fue discurso idiosincrático, que traducía de manera evidente las necesidades del medio en que había cobrado vida. La Historia devino, en sus manos, en la epopeya autorreferencial de una civilización que se siente dueña del futuro. Es, en el fondo, un largo relato del ascenso europeo en el mundo, que deja todo lo otro en los márgenes, que lo trata solamente como “precedente”, “consecuencia”, o que lo mira como algo exótico o aberrante. Todos los componentes del discurso tienen el mismo sello de origen: son europeas las teorías en términos de las cuales se fijan las posiciones de los interpretes, son europeos los prototipos de los protagonistas, las fases escogidas para organizar la información, las preguntas que los investigadores se formulan o los hechos que se seleccionan. Lo local tiende a desaparecer o es subsumido bajo esquemas importados.

Hay un efecto de distorsión sumamente interesante que se produce como resultado directo de este colonialismo solapado. La camisa de fuerza del discurso historiográfico no es impuesta tanto por extranjeros como por los locales. Los historiadores tercermundistas, efectivamente, miran el pasado de sus países recientes colocándose a sí mismos en la misma posición en que se situaría un europeo que hubiese venido a estudiar estas tierras exóticas guiado por su curiosidad, intentando encontrar sentido en cada cosa a través del establecimiento de comparaciones inadecuadas. El caso chileno aporta un ejemplo muy claro: la historia que desfila en los textos es un discurso sobre que lo que hicieron los europeos cuando se establecieron en una región densamente poblada por aimaras, likanas, mapuches, entre otros; una historia cuyo protagonista son las capas ‘civilizadas’ de la sociedad, que viven en las ciudades, que participan en las liturgias del imperio español o de la república, siempre colocadas en las posiciones de arriba, pasando por encima de la realidad social del mestizo o del indio; una historia de la manera como han evolucionado las ideas europeas en nuestra sociedad, sea el liberalismo, el marxismo, o el nacionalismo; del éxito que han tenido los chilenos y chilenas para organizar el Estado, los gobiernos, las ciudades, las universidades siguiendo los lineamientos de la cultura occidental, en la variante que esté de moda en cada momento.

Las historias tradicionales, junto con ser vasallas de la cultura dominante, tienen una forma de presentación que es siempre narrativa. Los libros de Historia podrían ser escritos de muchas maneras. Por ejemplo, como crónicas, que compilan datos y fechas sueltos; como poemas, concentrando todo el contenido en la forma; como mitos, que hacen de ciertas ansiedades culturales patrones inalterables; como argumentos filosóficos, que hurgan en el fondo de

la ontología razones últimas para las cosas, o como los reportes científicos que transforman los resultados del proceso investigativo en claridades objetivas, con la ayuda de la lógica formal, de las matemáticas y los esquemas visuales. Pero la forma más habitual que adoptan las historias es la del relato.

Los textos históricos organizan la información tal cual lo hace la gente corriente, cuando intenta dar sentido a las experiencias de la vida diaria, transformando ese caos en una secuencia significativa, además de bella o dramática, similar a la que encontramos en las novelas realistas del siglo XIX, de un Zola o un Balzac. La gracia de estas secuencias es que son autoexplicativas: una vez que los historiadores disponen en una secuencia las distintas piezas de información que han ido recolectando, las transforman de inmediato en los componentes necesarios de una unidad de significado mayor.

En esa unidad el verdadero hilo conductor es la sucesión misma. Cada fase o elemento es percibida por el lector como la causa de la fase o elemento siguiente, y éste, a su vez, del subsiguiente, hasta llegar a un desenlace final. ¿Qué es lo que genera empatía en el lector, efectos de convicción o de rechazo? Lo determinante no es el planteamiento del argumento específico propuesto por el escritor, tampoco la evidencia que acopiada para dar sustento a los planteamientos: es la experiencia acumulativa que le reporta al lector el recorrido del relato completo, de principio a fin, tal cual pasa con las obras de arte en general⁴.

Este recorrido se hace siguiendo una trayectoria perfectamente lineal.

La noción de tiempo que subyace a los relatos tradicionales no debe nada a sutilezas contemporáneas descritas en otro capítulo de este libro, en que se examina el tiempo humano como un producto de la cultura, difuso, complejo y disparejo. El tiempo del historiador decimonónico es simple cronología. Eso es, presenta los hechos hilvanados en una cadena larga, ordenada, clara y *objetiva*, que dispone las cosas una detrás de otra, similar a las cadenas que articulan la trama de las novelas aludidas recién, que intentan hacer arte fingiendo ser *la realidad*.

El aspecto narrativo de la historia más tradicional se conecta con otra características, que le resulta muy propia, que es fundamental para entender los cruces difíciles que presenta nuestro currículo.

Las historias tradicionales tienen una orientación teoleológica. Sus protagonistas son personas de carne y hueso cuyas voluntades constituyen el motor principal de los cambios. ¿Tienen algún peso las fuerzas impersonales, las estructuras, superestructuras, tal como pasa con la 'nueva historia'? En las narrativas tradicionales los factores sociales, económicos, geográficos o demográficos emergen como una especie de telón de fondo que envuelve el

⁴ Debemos a Walter Brice Gallie la comprensión que tenemos acerca de la forma como los lectores van construyendo el sentido a medida que recorren una secuencia narrativa, siempre bajo la expectativa de poder aclarar lo que viene a continuación. Walter Brice Gallie, *Philosophy & the Historical Understanding*.

comportamiento de los actores, pero de una manera muy laxa. Las personas no son títeres de las determinaciones de leyes sociales, de fuerzas sociales o naturales de ninguna clase. Tampoco lo son, por cierto, de fuerzas *no naturales* (en las historias tradicionales Dios no es un motor fundamental de los cambios, aunque se presuponga muchas veces su existencia). Lo que hace realmente la diferencia son las motivaciones conscientes de agentes, que son vistos, en esta época de gran optimismo, como gobernadas por principios de racionalidad clara.

¿Las motivaciones de cualquier persona? En realidad, no. El verdadero agente de las historias tradicionales no es el hombre corriente, sino el de excepción. Se les llamaba, entonces, “grandes hombres”: un puñado de dirigentes políticos, intelectuales o militares que son capaces de torcer la dirección que lleva el destino, empujando la historia hacia un plano distinto de la realidad.

Como casi toda la gente influyente proviene, en el siglo XIX, de las capas más altas de la sociedad, estas narrativas adoptan un sesgo marcadamente aristocrático. Rara vez tiene participación en ellas la clase media o la gente corriente (que es siempre comparsa de la historia principal: tropa en las batallas, miembros anónimos de la gleba, el tumulto de las rebeliones conspiradas por los grandes líderes). Qué decir de la mitad de la humanidad: las mujeres.

Además de elitistas, las narrativas tradicionales tienen una orientación marcada a favor de lo ideográfico (lo individual, con preferencia a lo general).

Esta conexión con lo singular, que se manifiesta desde el momento mismo de la fundación de la profesión, resulta sumamente llamativa. En esos años las ciencias experimentaban progresos notables gracias al estudio de los elementos recurrentes de la realidad, lo que es estable, los valores constantes. Número contra cualidad. Este imperativo cultural a ir por lo general no se limitó a los estudios exactos, en dominios como la Física o la Biología. Hacia fines del siglo XIX los humanistas comenzaron a realizar un esfuerzo consistente dirigido a la introducción de principios de generalización en el campo económico o social. El resultado de este esfuerzo fue la formación de disciplinas académicas de gran solidez, como la Economía, la Sociología o la Psicología.

Los fundadores de la profesión histórica fueron a contrapelo de estas tendencias. La Historia, propusieron, debe ser tratada como una ciencia especial, cuya misión es adquirir conocimientos particulares sobre hechos o estados de cosas, que son concebidos, en forma axiomática, como únicos e irrepetibles. No hay cabida para ejercicios comparativos, ni para la identificación de principios o reglas. Lo fundamental, para la Historia, es trabajar con fineza las diferencias, para penetrar al máximo en la singularidad de cada experiencia. La cualidad le gana siempre al número.

Este interés por lo individual hace forzosamente necesario seguir procedimientos distintos a los de las ciencias exactas. Mientras éstas basan su estatuto epistémico en la aplicación de un método abstracto que propende siempre hacia las recurrencias y, por lo tanto, puede predecir, la Historia opta por el camino que ofrece la hermenéutica.

El trabajo hermenéutico involucra dos acciones separadas. El interprete debe establecer, en primer lugar, la verdad de los hechos, realizando una crítica interna y externa de las fuentes. Luego de forjar esta base factual mínima, debe reconstruir el significado de esos hechos, a través del desdoblamiento y la empatía. Este trabajo de reconstrucción, basado en la intuición, necesita el cumplimiento del requisito de la neutralidad. El interprete debe abrir su mente a *lo otro*, dejando de lado sus gustos, intereses, valores o visiones. Sólo en ese momento los significados originales podrán fluir a través de su escritura y las cosas podrán ser explicadas en *sus propios términos*, mostrándose “tal como fueron”, haciendo que quede de manifiesto la riqueza maravillosa de lo distante⁵.

Su carácter europeizante, narrativo, teleológico, elitista, y esta orientación ideográfica, se ven complementados por un rasgo acaso más acusado. Las narrativas tradicionales se ocupan, en realidad, de un solo gran tema, de una sola dimensión de la realidad, con exclusión de todas las otras.

El verdadero protagonista de la Historia que se practica desde Tucídides en adelante son los Estados. Las narrativas históricas cuentan las peripecias que viven los Estados, sus coyunturas, sus momentos mejores y peores. Describen, por lo mismo, solamente hechos políticos, impulsados por un puñado de hombres eminentes, tratados como “grandes estadistas”. La dimensión económica, social o cultural de la realidad tienen, en cambio, un papel muy limitado. ¿Razones? Los fundadores de la disciplina estaban convencidos de que la política evolucionaba siguiendo principios internos de desarrollo, con total independencia de las otras esferas de la realidad. Lo social y lo económico, pensaban, estaban subordinados a esta esfera causal primaria⁶.

No hay nada sorprendente en esta obsesión por lo político.

Los Estados-nacionales son la gran novedad de los siglos XIX y XX. La eclosión de los primeros de ellos fue un parto arduo, que tuvieron que soportar las sociedades europeas del siglo XIX, con costos enormes. La pandemia nacionalista, sabemos, provocó un espiral de guerras que se fueron escalando, hasta llegar a esa inmolación colectiva sin nombre de la doble guerra, que sacó a los europeos del centro de la historia mundial. Luego de la Segunda Guerra Mundial, esta fuerza que devastó Europa se ensañó sobre el resto del planeta. Los imperios coloniales se desmoronaron y, sobre sus cenizas, se levantaron precarios Estados tercermundistas que han intentado, desde entonces, seguir el mismo camino recorrido por los pueblos occidentales.

La Historia fue un elemento de apoyo fundamental en la tarea urgente de dar asidero a estas creaciones contemporáneas. Fue nacional y nacionalista,

⁵ Hay muchos libros que describen con conocimiento y agudeza el tipo de historia al que le dieron vida los alemanes, en el siglo XIX. Ninguno de ellos, sin embargo, ha logrado plasmar una visión tan completa como el escrito por Georg Iggers, a fines de la década de 1960, cuando la historia tradicional estaba siendo fulminada por críticos de todas las tendencias. Georg Iggers, *The German conception of history. The national tradition of historical thought from Herder to the present*.

⁶ Peter Burke ha descrito muy bien el proceso que llevó a la historia europea a dejar fuera de sus intereses lo social y lo cultura en el primer capítulo de su *History...*, *op. cit.*

dejando muy en clara su función ideológica: colaborar en la tarea de transformar a las personas en ciudadanos, disciplinados en el trabajo, respetuosos de las instituciones, con el amor suficiente por su país para que se pudiera contar con los soldados que necesitaba la afirmación de fronteras. Todo lo otro (todo lo que no fuera directamente la trayectoria política de los Estados) quedó fuera del ámbito de interés de estas historias de alemanes o franceses, y luego de las otras, que se conformaron a imagen y semejanza de este modelo inicial (incluida la chilena).

¿Otros temas importantes para las cuatro o cinco generaciones que organizaron el discurso formal de la Historia? Estaban los ripios dejados por el capitalismo, en su paso arrasador, provocando nuevas formas de miseria y depredación, además de una erosión limitada de los principios en que se cimentaba la sociedad. Pero nada de eso se veía muy nítido en un siglo en que los europeos, justificadamente, se sentían el centro del universo, en que sus Estados ascendentes se sentían inspirados, además, por un doble afán misional e imperial: querían que el mundo fuera más ‘civilizado’, lo que suponía, para ellos, la difusión de los principios que regían su vida política, económica, social, además de su cultura; querían, a la vez, controlar los flujos del comercio internacional para beneficio propio, desarrollando políticas imperialistas que llevaron a la formación de amplios imperios coloniales.

Se entiende que lo social y lo cultural haya tenido, en ese contexto específico, un perfil tan bajo. Sólo vamos a salir de eso cuando el barómetro de los intereses transforme lo económico y lo social en los problemas más acuciantes, en el mundo bipolar que advino durante la llamada Guerra Fría.

El último ingrediente importante de esta forma tradicional de concebir la Historia es el optimismo. La historia fue un discurso forjado en una época en que el progreso parecía una promesa segura. Las líneas de vapor, los ferrocarriles y los telégrafos conectaban toda la superficie del planeta, haciendo posible por primera vez el sueño de una economía y una cultura realmente globalizada. La capacidad productiva del mundo se multiplicaba varias veces, sepultando con celeridad a las economías agrarias. Se producía, al mismo tiempo, una confluencia virtuosa entre desarrollo económico, el vigor político y una efervescencia no vista en el plano de las ideas. La ciencia y la tecnología registraban un desarrollo completamente sin precedentes. A principios del siglo xx se formulaba las bases de la teoría de los cuantos, de la teoría de la relatividad, se fundaba la genética moderna, se iniciaba el estudio sistemático del átomo, Sigmund Freud asaltaba el racionalismo descubriendo el psicoanálisis, se fundaba el pensamiento moderno gracias a la eclosión de la filosofía analítica, se hacía trizas el arte figurativo y el referencialismo como resultado de la acción socavadora de distintas corrientes de vanguardia. Detrás de la ciencia y de las ideas iba siempre la tecnología, que no sólo impactaba en el ámbito de las comunicaciones y la industria sino, también, comenzaba a cambiar la calidad de vida, permitiendo avances suficientes como para que cualquier persona más o menos instruida pudiera confiar en pudiéramos

librarnos, en un horizonte próximo, de los más grandes flagelos que había conocido el hombre: pobreza, enfermedades, hambre, guerra.

Todos estos avances, impulsados por Occidente, se reflejaron en la actitud dominante de la época, que recibió el nombre genérico de positivismo, la ideología más clara de la autocomplacencia de quien se siente muy seguro de su importancia, de quien confía que todo va a estar cada vez mejor. Se reflejaron, también, en el corazón del discurso histórico, que fue el espejo privilegiado en el que era posible representar los mayores éxitos del mundo occidental, con gran beneficio para la trayectoria de una profesión que estaba afirmando sus fundamentos.

Hacia fines del siglo XIX los signos de madurez de la profesión eran claros. La historia tradicional había alcanzado su *peak* de popularidad, no sólo en Europa sino en todo el mundo. Esto fue resultado de un proceso de desarrollo disciplinar que se dio de manera explosiva. Cada país, nuevo o viejo, organizó cursos de Historia similares a los propuestos por Leopold von Ranke, creó revistas especializadas como la *Historische Zeitschrift* (1859), *Revue Historique* (1876), la *English Historical Review* (1886), la *Rivista Storica Italiana* (1884) o la *American Historical Review* (1895). Al mismo tiempo que se abrían cátedras de Historia en las universidades, las academias europeas reglamentaban las normas de citación de los trabajos y se creaban los primeros archivos públicos de documentación, como el *Public Record Office* de Gran Bretaña (1838) o el *Archivo Histórico Nacional* de España (1866), destinados a proporcionar a los jóvenes practicantes la materia prima para sus tesis monográficas. Junto con ello, se iniciaba la publicación de colecciones de fuentes documentales, como los célebres *Monumenta Germaniae Historica* o la *Collections des documents inédits sur l'histoire de France*. Hacia fines del siglo XIX, como era predecible, aparecieron los manuales de instrucción como el de Ernst Bernheim o el de Charles Victor Langlois y Charles Seignobos, destinados a enseñar a los aprendices como realizar el trabajo de investigación.

Los frutos de estos avances institucionales fueron sorprendentes. Millares de investigadores inquietos y perseverantes se lanzaron de cabeza a los archivos, con el propósito de estudiar cada uno de los hechos relevantes de la historia nacional, lo que permitió transformar al pasado en un ámbito de dominio público, de una manera completamente inédita. Nunca la gente corriente había tenido acceso a tantos conocimientos y tan confiables acerca de sus tradiciones o de su pasado.

La gracia de este conocimiento es que estaba bendecido por la seguridad que aporta la ciencia. Los libros de Historia ya no eran interpretaciones generales, que especularan sobre las razones y sinrazones de los grandes procesos, con escasa fidelidad empírica. Se trataba de estudios eruditos que exponían los principales hechos positivos en la trayectoria vital de los pueblos. Había confianza en el valor incremental de este trabajo. Las voces más autorizadas de esta época aseguraban que pronto se alcanzaría descripciones completas de todos los hechos esenciales de la vida moderna que serían satisfactorias para el público lector de cualquier país. Este trabajo de filtraje, proponía lord Acton,

permitiría avanzar en la elaboración de obras que resumirían y sistematizarían todo lo que se había aprendido. ¿Serían estas obras de síntesis una *última palabra*? Los historiadores que dominaron el campo durante el siglo XIX y las primeras cinco décadas del siglo XX, sabían que faltaba bastante para llegar a eso, pero estaban confiados en que esta meta era alcanzable. Algún día se concluiría con la revisión de todos los archivos importantes, se aclararía, tanto como fuera posible, cada uno de los hechos sustantivos, se daría una solución cuerda a las principales polémicas o litigios interpretativos. En ese momento, que estaba a la vuelta de la esquina, se habría logrado conformar un *corpus* de conocimiento inobjetable, tan sólido como el que podían proporcionar las ciencias exactas que estudiaban la naturaleza⁷.

La vitalidad del discurso tradicional quedó de manifiesto, con especial fuerza, en la primera mitad del siglo XX, cuando se logró consenso total respecto de los propósitos y alcances de la Historia, cómo no se había dado nunca antes y como no se dio nunca después. Ese consenso universal cubrió, también, a la dimensión educativa de esta práctica cultural globalizada.

La Historia tradicional, efectivamente, traía incorporado un modelo pedagógico implícito, que se hizo corriente en todas partes, incluido Chile.

La enseñanza universitaria debía realizarse, en los cursos más elevados, a través de seminarios. En estos talleres especializados, similares a los diseñados por los alemanes en el siglo XIX, los aprendices debían construir conocimiento a partir del trabajo directo con fuentes primarias, por la vía del descubrimiento personal. En los otros niveles de la enseñanza, en cambio, debía operar un aprendizaje receptivo. La misión del historiador era elaborar un modelo muy definido de conocimiento *verdadero*. El profesor debía tomar ese molde, tal como lo proponían los especialistas, y debía trasladarlo a la cabeza de los estudiantes de básica, media o de los primeros cursos de la enseñanza universitaria. La forma de realizar ese trasvase de información era clara. El profesor no debía adaptar esos conocimientos, para ponerlos en sintonía con las capacidades de los estudiantes o para cumplir con propósitos educativos, políticos o del tipo que fuera; no debía aportar perspectivas, no debía recrear nada; no debía establecer, tampoco, relaciones especiales entre los hechos y procesos estudiados con fenómenos contemporáneos, con otros procesos o con otras disciplinas. Su función se limitaba a presentar exposiciones lo más elocuentes posible del conocimiento oficial, usando con eficiencia sistemas de estímulos (externos) que garantizaran la efectividad del proceso de retención. Una vez que hubiera logrado poner en las cabezas de los estudiantes todos los conocimientos esenciales, comenzaba el trabajo de éstos: los mismos jóvenes,

⁷ Las más famosas obras de síntesis que produjo esta época fueron la *Histoire Générale* de Ernest Lavisse (publicada entre 1893 y 1901) y la igualmente famosa *Cambridge Modern History* del mismo John Emerich Edward Acton (publicada en 1902). Estos esfuerzos fueron replicados, a escalas menores, en cada región del mundo, lo mismo que en cada país, por un verdadero ejército internacional de eruditos. Gracias a ello fue posible transformar el conocimiento un poco mitológico que existía sobre el pasado en un dominio mucho más amplio, controlado y seguro.

debían dar vida a esa información, planteando reelaboraciones propias, transfigurando los datos en un cuadro completo y complejo de lo pasado, similar al concebido por los historiadores (el cual, a su vez, era postulado como un retrato perfecto de lo real)⁸.

Estos supuestos, aunque polémicos, eran bastante claros. También lo eran las consecuencias positivas de esta pedagogía.

El trabajo realizado por los profesores, en cualquier nivel, permitió cumplir, a plena satisfacción, con las funciones más tradicionales asociadas a la Historia, como práctica cultural, de las cuales se ha hablado en el capítulo anterior de este libro. La Historia ayudó, efectivamente, a transformar la diversidad humana del mundo premoderno, en una base ciudadana responsable, respetuosa de las instituciones que dominaban al Estado y a su economía, en el tránsito a la modernidad. Las identidades oficiales se fortalecieron, los rebeldes fueron domesticados, los conflictos internos se atenuaron. Este discurso, con ejes claros, ayudó a generar el clima que necesitaba la idea-fuerza del nacionalismo, también a contar con los generales, los héroes, los emprendedores y las grandes personalidades que conformaron las pequeñas elites que dominaban todos los planos de la realidad. Fue posible afirmar una base mínima de prácticas sociales compartidas, una memoria común, un espíritu de orden burgués que convenía a la realidad política bajo la que se vivía, y a ese sistema mundial diseñado por el europeo, en la etapa del imperialismo. Lo nuevos ciudadanos pudieron, además, contar con las claves conceptuales que les permitían significar su mundo subjetivo individual o familiar, lo mismo que la totalidad del medio social, propio del siglo XIX.

Este mundo de claridades, sin embargo, comenzó a resquebrajarse como resultado de una etapa de importantes cambios, que se hicieron especialmente intensos luego de la Segunda Guerra Mundial. Fue necesario, a partir de entonces, dar forma a una Historia distinta: una *nueva Historia*.

3. LA HISTORIA ENCUENTRA UN NUEVO RUMBO

Al mismo tiempo que la Historia tradicional se imponía en todas partes, evidenciando la solidez del consenso alcanzado, comenzaron a tomar forma corrientes críticas en Francia, Estados Unidos y en la misma Alemania que iniciaron un cuestionamiento frontal de sus presupuestos.

¿Qué problema había con las narraciones decimonónicas? Las primeras cuatro o cinco generaciones de investigadores profesionales que dieron impulso a la aventura fascinante de descubrir el pasado, habían realizado un trabajo admirable en los archivos. Gracias a su trabajo fue posible proyectar luces de

⁸ En otro artículo estudio en forma más extensa los supuestos de la enseñanza tradicional de la Historia: "La textualidad de la historia: fundamentos epistemológicos y psicopedagógicos de la reforma educacional", pp. 233-238.

conocimiento sobre cada hecho significativo en la trayectoria de los países. El pasado dejó de ser, por primera vez, un “país extraño”⁹.

Pero, ¿qué valor real tenía ese conocimiento?

Los fundadores de la profesión consideraban, como todos sus coetáneos, que la ciencia era el logro cultural fundamental de Occidente. Habían luchado, bajo la motivación de esa seguridad, a favor de la introducción de los principios de la racionalidad científica en su propio campo. Pero su entendimiento acerca del modo en que la Historia debía ser ‘científica’ era bastante singular.

La realidad social, pensaban, era algo demasiado complejo para el instrumental corriente del hombre de ciencia. Las personas no son cosas. Tienen una historia que condiciona su actuar, mucho más que los factores medioambientales, historia que siempre sigue un derrotero único. Tienen, también, una dimensión de voluntad, una cara interior, por decirlo de alguna manera, que actúa como un factor primario del comportamiento, acaso tan influyente como el peso de la historia vivida. Es un error pasar por alto estas particularidades, optando por tratar a los seres humanos como si fueran planetas o componentes químicos, que se dejan gobernar por leyes universales. En el mundo social la lógica de las máquinas no opera. Las personas y sus acciones son entes individuales, irreducibles y únicos. Para poder conocerlos es necesario, por lo mismo, penetrar en el fondo de su singularidad, usando como mecanismo la empatía, aprovechando la única ventaja con que cuenta un humanista. Esto es, la identidad que existe entre el sujeto que conoce y el objeto conocido. Ahí está la base constitutiva de la historia. También la razón de su superioridad con relación a todas las otras humanidades: sólo los historiadores han sabido separar aguas del imperialismo de las ciencias naturales desarrollando un enfoque que es apropiado para estudiar al hombre en sociedad; por ese motivo, argumentaban, la Historia merece ser la cabeza de las humanidades.

¿Había razones que justificaran estas ideas tan entusiastas acerca de la Historia, una disciplina que no disponía de otro instrumental metodológico que la crítica documental y que basaba todo lo suyo en el ejercicio de la intuición? La ciencia, en el sentido fuerte del término, tiene mucho a su favor. Se trata de un proyecto cultural potente que ha permitido a los seres humanos adquirir una base de conocimiento sumamente exacto sobre el mundo, en todos los ámbitos. No se trata de dones abstractos. El conocimiento da control sobre el mundo natural y el social, ayuda a aumentar la capacidad productiva, estimula y dirige correctamente la innovación, contribuye a lograr mejoras evidentes en la calidad de vida de los ciudadanos, otorga a los países ventajas en relación con el resto: sus economías son más potentes, sus Estados más fuertes, sus sociedades más armónicas y se muestran mejor surtidas. Hay, pues, mucho que decir a favor del proyecto general de la ciencia y, en particular, a favor del ideal la unidad de las disciplinas, como unidad en el método.

⁹ La metáfora del pasado como una especie de ‘país extraño’, muy distinto al presente bajo el cual se vive, ha sido largamente elaborada en el medio anglosajón. Véase David Lowenthal, *El pasado es un país extraño*.

¿Qué daban los historiadores tradicionales, que se miraban en las premisas del historicismo, a cambio de esto? Escrutinios detallados de hechos insignificantes, producidos por investigadores poco dispuestos para relacionar esos conocimientos con un contexto un poco más amplio que tal guerra, tal elección, tal revuelta. Nada que sirviera para entender las encrucijadas económicas y sociales que enfrentaba el mundo en el cambio de siglo.

¿A qué intereses servía, además, este discurso que glorificaba los hechos políticos y las acciones de los grandes hombres? La Historia tradicional, lejos de conectar con los objetivos de la nación, parecía un traje a medida construido por la *elite burguesa* para hablar de sí misma y congelar el orden en que se basaba su primacía.

La historia estaba enferma. Se necesitaba otra cosa. Una “nueva historia”

Los primeros críticos del discurso tradicional del historiador tenían distintas procedencias nacionales, distintas posturas teóricas, distintos intereses. Pero se constataba la existencia de algunos ejes comunes. Todos ellos cuestionaban los presupuestos elitistas de la Historia tradicional, tan propios del período preindustrial y predemocrático en que se había forjado el paradigma. Querían reemplazar esa Historia que se concentraba en el papel de grandes personajes, en la arena de la política, la diplomacia o las relaciones exteriores, por una historia social y cultural que estudiara la vida de las masas, que trascendiera las acciones individuales, dando preferencia al análisis de procesos sociales, anónimos por su naturaleza. Alentaban, junto con eso, un proceso de sofisticación interna. La mirada del historiador, mantenían, estaba atrofiada por su falta de sofisticación científica. Había que salir de ese estadio de subdesarrollo intelectual siguiendo el camino que ya habían iniciado las humanidades, transformando a la Historia en una ciencia social del cambio. Como este esfuerzo de actualización había partido muy tarde era imperioso tomar atajos: en lugar de desarrollar un proyecto científico, propio para la Historia, había que abrir las fronteras y permitir que el trabajo de los investigadores se enriqueciera a través de la incorporación de los problemas, preguntas, conceptos, métodos y teorías desarrollados por las disciplinas vecinas.

Estos puntos de vista fueron expresados, a principios del siglo xx, por una constelación de figuras que desarrollaban su trabajo en las márgenes del mundo académico. No se trataba de los voceros de corrientes sustantivas, sino de voces aisladas que eran parte de pequeños núcleos de renovación, que fueron el semillero para todo lo que vino después.

Los principales focos de renovación se encontraban, en esos años, en Estados Unidos y Francia.

Los *New Historians* hicieron su estreno hacia fines del siglo xix, a través de la obra de Frederick Jackson Turner. Seguidor de Friedrich Ratzel, escribió un libro sobre su país cuyo protagonista era la sociedad fronteriza y no los pulsos del Estado con sus instituciones. Sus razones eran contundentes. Estados Unidos no era todavía un país, a la manera en que lo era cualquier nación europea. Se trataba, más bien, de una sociedad en formación, que cobraba

vida gracias al aporte trashumante de millones de personas que se bajaban de los barcos y se lanzaban en carrera hacia el Oeste. ¿Cómo estudiar el tránsito perpetuo de cientos de realidades humanas diferentes, usando como medio un discurso europeo cuyo eje era siempre la política? Para aprehender esa dispersión magnífica se necesitaba transformar a la historia política en una historia social de horizontes mucho más amplios, cuyo fundamento fuera la economía, que era el motor final de esta aventura protagonizada por millones europeos desarraigados. Esta variante pionera de la renovación tuvo ecos posteriores en la obra de Charles Beard, profesor de la Universidad de Columbia, que se había hecho famoso como causante de una discusión pionera sobre el tema del relativismo en Historia. Prolongó la línea de trabajo abierta por Frederick J. Turner, en un estudio sumamente provocador de la constitución que funda la democracia, que intentaba explicar las posiciones que estuvieron en juego durante su discusión como función de una serie de intereses económicos contrapuestos. El trabajo de Charles Beard demostró que las ideas no nacen de la inteligencia pura. Surgen, también, como reflejo de las direcciones que alienta la infraestructura material. James Harvey Robinson, también académico en la Universidad de Columbia, logró introducir en esos años pioneros a la historia intelectual como parte de la parrilla programática de la profesión. El mismo Robinson, advirtiendo la novedad del trabajo desarrollado, comenzó a hablar de una Nueva Historia estadounidense, una historia que se miraba a sí misma, ante todo, como ciencia social¹⁰.

Estos trabajos tuvieron un impacto de relativa importancia en el mundo universitario estadounidense. El camino abierto por Frederick Turner, Charles Beard y James Robinson fue recorrido posteriormente por Lynn Thorndike, James T. Shotwell, Mary Beard, entre otros. En la década de 1920 este núcleo tan reducido de reformadores se había ganado un lugar en la academia, iniciándose una larga aventura de contactos con disciplinas vecinas que permitirán que madure una historiografía sin fronteras muy definidas, que incorporará con fluidez y cierta consistencia aportes tomados de la Economía, la Sociología, la Demografía, la Antropología, la Literatura y un largo etcétera, mucho antes que en cualquier parte, marcando con nitidez un sello estadounidense para la renovación. La profundidad de la relación que entabla la Historia con las disciplinas vecinas se hará evidente, ante todo, en aventuras de cruces, como la de Robert William Fogel en el campo de la Econometría Retrospectiva o la de Hayden White, en el ámbito de la Filosofía de la Historia, a través de la fusión de la Teoría de la Historia con la Teoría Literaria¹¹.

En Francia pasó algo similar, que resulta mucho más conocido para un lector chileno o latinoamericano. A principios del siglo xx se trabó una

¹⁰ James Harvey Robinson, *The New History: essays illustrating the modern historical outlook*.

¹¹ Peter Novick destaca en su notable revisión de la historiografía estadounidense cuán novedosas y disruptivas resultaban las propuestas de estos historiadores, no solamente por sus posturas metodológicas sino, también, por sus ideas progresistas, que contrastaban con el conservadurismo del medio. Véase Novick, *op. cit.*, vol. 1, pp. 109-135.

discusión vigorosa entre historiadores y científicos sociales, en la que las voces más vivas fueron la del economista François Simiand y el historiador Charles Seignobos, como vocero de la Historia Empírica Tradicional. Esta discusión reflotó poco después con la intervención de figuras como Paul Lacombe, Emile Durkheim y especialmente Henri Berr. En la década de 1920 la disidencia ya había logrado dar forma a un movimiento crítico formado por profesores jóvenes de una universidad provinciana, que será conocido por el nombre de la revista que fundarán el año de 1929 –*Annales d'histoire économique et sociale*–. Lucien Febvre y Marc Bloch, las cabezas de la escuela, quisieron proponer una alternativa a la Historia Política dominante. El punto nodal de su programa fue la crítica a la noción de hecho. Los historiadores rankeanos habían transformado los episodios de la vida política en los insu- mos principales de la narrativas históricas. Esto era un error. Las dinámicas de cambio debían poco a las acciones políticas. Los verdaderos ejes de las transformaciones, tanto como de las continuidades, eran fuerzas económicas y sociales profundas, que se desplegaban en el mediano y largo plazo. Para alcanzar esos planos sumergidos donde residía lo importante, planteaban, era esencial abrir el campo de la Historia, incluyendo en su seno nuevos problemas y nuevos enfoques, tantos como fueran necesarios para iluminar la realidad pasada desde todos los ángulos. Sólo de esa manera podía adquirirse una comprensión plena de los fenómenos sociales. Este esfuerzo de integración conllevaba la necesidad imperativa de poner a la disciplina en contacto con las Ciencias Sociales. Este esfuerzo de apertura, sin embargo, no se fundaba en intenciones teóricas claras. Los annalistas no intentaron, como los *New Historians* regenerar a la Historia para convertirla o ajustarla al patrón que ofrecía la Física o la Economía. La Historia, como decía Lucien Febvre, no necesitaba ser una ciencia propiamente dicha. Le bastaba con ser un “estudio científicamente elaborado”¹², que fuera capaz de enriquecerse a través de la incorporación de lo pudieran ofrecer otras especialidades, deviniendo en una especie de espacio para la síntesis, pero sin renunciar a nada de lo que le era propio y específico¹³.

En la entreguerra los renovadores habían logrado afirmarse en dos medios académicos, varias décadas antes que en cualquier otro país. No se trataba ya de críticos aislados del *establishment*, como era el caso de un Tocqueville, un Burckhardt o un Lamprecht, sino de los miembros de corrientes de gran vita-

¹² Lucien Febvre, “Vivir la historia. Palabras de iniciación”, p. 40.

¹³ François Furet señala, correctamente, que los Annales nunca llegaron a constituir una escuela. Se trató de un movimiento ambicioso, que se basó en dos ideas simples: la Historia debía ampliar su campo a través de la incorporación de temas, problemas y recursos metodológicos tomados prestados de las Ciencias Sociales, venciendo la tendencia que se daba en la época al cierre de las fronteras disciplinares; la Historia debía convertirse, en ese proceso, en una especie de disciplina ecuménica, la única en condiciones de integrar los aportes de estas disciplinas fragmentadas. Sólo de esta manera se lograría una plena comprensión de los fenómenos sociales. François. Furet, “Beyond the Annales”, p. 392.

lidad, que se transformarán en referentes para los desarrollos historiográficos que el mundo conoció luego.

Estos años seminales fueron fundamentales. Se inició en ellos una discusión sobre los alcances de la nueva Historia, acerca de las problemáticas y temas que ella debía cubrir. Ese diálogo permitió construir un vocabulario común, zanjar las cuestiones metodológicas básicas e iniciar el proceso de apertura institucional hacia otras unidades, departamentos universitarios y especialidades, que hizo viable el cruce interdisciplinario que aportó el principal sello distintivo a la Historia, que se conocerá más adelante. Estos procesos internos fueron extraordinariamente fértiles. Fue aumentando lentamente el número de renovadores, disponibles para llevar un trabajo experimental de gran imaginación, y comenzaron a publicarse obras históricas sobresalientes que fueron delineando miradas nacionales bien definidas. Al cabo, pudo contarse con los modelos que serían necesarios en los años venideros para orientar el trabajo de los disconformes de cualquier país¹⁴.

Pero, ¿qué peso real tenían intelectuales como Frederick Turner o Marc Bloch, entre otros tantos? Los historiadores de la segunda mitad del siglo xx los transformaron, retroactivamente, en los héroes y precursores de la renovación. Pero, ¿qué eran entonces? Las corrientes críticas que ellos alimentaron tuvieron vitalidad y cierta importancia a partir de la crisis económica de 1929, que remeció los cimientos del mundo capitalista. Pero se trataba, todavía, de *corrientes minoritarias*. Los pioneros de la ‘nueva Historia’ ocuparon, en esos años, posiciones relativamente subalternas en el mundo académico. Sus ideas causaron un cierto revuelo en el medio, pero lo cierto es que no lograron modificar un ápice la manera como se pensaba, escribía y enseñaba la Historia. El paisaje que ofrecía la academia, a mediados del siglo xx, era claro. La Historia tradicional se había asentado en todo Occidente y estaba penetrando con una velocidad increíble en el resto del mundo. Había *un solo paradigma* que regía a todas estas academias, lo que era percibido como un gran logro cultural. ¿No se había desarrollado la Física o la Economía precisamente a partir del momento en que había logrado imponerse una visión unitaria, un paradigma único?

El horizonte que se vislumbraba en el futuro no ofrecía ambigüedades. La historia profesional, recientemente constituida como campo científico, había triunfado sin apelación. Se esperaba que esta victoria fuera sólo el comienzo de una era mejor, en que sería posible refinar sus instrumentos y ampliar sus posibilidades. No existían condiciones para prever un escenario distinto... hasta que se produjo el estallido de la Segunda Guerra Mundial, hecho cataclísmico

¹⁴ El trabajo interdisciplinario fue tan intenso en Estados Unidos como lo fue en Francia. Sin embargo, la fórmula francesa tuvo mucha más resonancia, hasta un punto en que llegó a crearse una identificación entre nueva Historia e Historia social francesa. El éxito francés, que opacó el de otras escuelas nacionales, se debió a las habilidades propagandísticas de los miembros de la escuela de los Annales, pero también a la calidad sobresaliente de los ejemplos prácticos aportados por una historiografía que siempre ha tenido gran calidad.

que modificó las relaciones de poder en el mundo y que cambió para siempre los criterios de importancia en Occidente, dejando sembradas dudas sobre el predominio del europeo en el mundo, sobre la tesis del progreso indefinido sustentado en la razón, y sobre el rango del discurso historiográfico en que el primer mundo proyectaba la imagen autocomplaciente que había forjado de sí mismo.

Este *turning point* creó una censura definitiva en la trayectoria que llevaba la disciplina histórica. Luego de la conflagración, las orientaciones que antes se daban en forma sumergida se fueron transformando en los conductos centrales que dieron dirección a distintos proyectos de renovación historiográfica. El antiguo paradigma, que había alcanzado su momento de plenitud, fue destronado. En sustitución suya comenzaron a emerger, como comenta Georg Iggers, una serie de paradigmas alternativos¹⁵.

Es que la Segunda Guerra no fue un conflicto más de los muchos que se habían permitido las naciones que conformaban el primer mundo. Se trató de uno de los acontecimientos más cruentos y devastadores que se hayan producido jamás.

Los contendores no eran naciones pobres y atrasadas de algún rincón del mundo, que disputaran por añejas cuestiones territoriales. Se trató, muy por el contrario, de los países más industrializados, más cultos, más avanzados en cualquier terreno, que usaron toda su inteligencia, todos sus recursos, todas sus tecnologías, para provocar destrucciones masivas, nunca antes vistas, que se proyectaron a todo el planeta. El saldo de la guerra fue una sangría de más cincuenta millones de seres humanos, la destrucción masiva del patrimonio, la infraestructura y toda forma de riqueza, una reversión de las tendencias demográficas, una profunda crisis económica y, sobre todo, una redefinición drástica de las relaciones de poder en el mundo. Los europeos habían estado a la cabeza de la humanidad por siglos. Luego de esta inmolación suicida perdieron sus colonias y fueron desplazados de las posiciones dominantes por Estados Unidos y Unión Soviética.

Uno de los resultados más sorprendentes con que se encontró el mundo, al término del conflicto, fue la evidencia del holocausto: el asesinato a escala industrial que tuvo lugar en el corazón de la potencia intelectualmente más sofisticada de Europa, acaso del mundo, realizado bajo la inspiración de una teoría del desarrollo económico y social de tipo racista. Una razón puramente intelectual, al fin, para justificar una de las mayores sinrazones conocidas jamás. ¿En eso termina esa razón que el occidental había convertido en el fundamento de su historia, en la clave de su progreso, en la señal de su supremacía cultural y moral?

Las flaquezas de la razón quedaron en evidencia en un segundo frente. Luego del Holocausto, vinieron Hiroshima y Nagasaki. Estados Unidos, que era parte del mismo club cultural de los alemanes, había desarrollado armas que tenían un potencial desconocido. Y se había mostrado disponible para

¹⁵ Georg Iggers, *New directions in European historiography*, p. 31.

usarlas causando a su enemigo, en sólo dos días, la misma cantidad de bajas que había sufrido durante toda su participación en la guerra. Luego de la explosión de estas bombas los estadounidenses iniciaron una carrera absurda con los soviéticos, en miras a obtener la supremacía, que se sustentó en la ampliación del poder nuclear.

El mundo quedó fraccionado en dos grandes áreas de influencia, separadas por una pesada cortina de hierro, que no logró impedir el estallido de sucesivas crisis locales, en Asia, África y Latinoamérica, que mantuvieron siempre vivo el temor por el estallido una tercera guerra mundial, preludio del apocalipsis total.

El europeo perdió confianza en sí mismo. La ilusión del progreso indefinido desapareció. El mundo se transformó, a partir de entonces, como un dominio incierto y hostil.

¿Quién había sido el culpable de este descalabro con proyecciones tan amplias?

La generación que tomó el relevo en la conducción de Occidente culpó de todo a la Historia. La sinrazón conocida esos años, supuso, hundía sus raíces más profundas en el mundo precedente, que había sido exaltado por las narraciones del historiador burgués, un interprete indulgente, que había ayudado a justificar el nacionalismo expansivo, causante de la guerra; que había bendecido con la magia del discurso los hechos que habían aportado los cimientos y precondiciones para las peores barbaries. Había que romper con el mundo de sus padres, partiendo todo de nuevo. Nueva historia *vivida*. Pero también nueva historia *contada*.

La historiografía tradicional, nacida para capturar las realidades características del siglo XIX, no daba la medida para abarcar ni los horrores sufridos durante los años de la guerra, ni los nuevos problemas que habían quedado de manifiesto durante esta coyuntura. Fue urgente iniciar, por lo mismo, una discusión acerca de los límites de las formas tradicionales de representación. ¿Cómo puede describirse, apelando a la narrativa tradicional, fenómenos en que el protagonista real son las masas, problemas cuya raíz son complejos asuntos económicos o sociales, o esos “acontecimientos modernistas” que reflejan formas de irracionalidad que son tan propias del mundo contemporáneo, apelando a la narrativa histórica tradicional?¹⁶

¹⁶ El discurso histórico nació para describir un mundo ordenado, en que los protagonistas son personas con voluntades claras, que logran hacer la diferencia. Esta prosa, inspirada en los códigos de representación de la novela realista del siglo XIX no sirve para describir un siglo XX en que hacen su aparición los llamados “acontecimientos modernistas”, según nomenclatura de Hayden White. Se trata de formas de experiencia de naturaleza monstruosa, que escapan a las posibilidades de imaginación de cualquier época precedente, lo mismo que a las posibilidades que ofrece el lenguaje vigente: la revolución rusa, los genocidios perpetrados gracias a los medios que ofrece la ciencia, las bombas atómicas que son lanzadas para acabar con las guerras o para evitarlas, la explosión demográfica, la polución a gran escala que es a la vez señal de nuestro progreso y de nuestra declinación como especie del progreso. Véase Hayden White, “El acontecimiento modernista”, pp. 217-252.

La 'nueva Historia' fue la forma que adoptó esta reacción en el frente interno. Se trató, primariamente, de un fuerte giro generacional en contra del mundo precedente, que intentó encontrar respuesta a los problemas que vive el siglo xx, tan distintos a los característicos del siglo xix. Como las urgencias eran tantas, los caminos a recorrer se fueron difuminando. En este tránsito hacia direcciones ramificadas se fueron sellando alianzas con las disciplinas que contaban con experiencia en el tratamiento de estas temáticas.

La apertura se desarrolló en un ambiente de libertad, que contrastaba con el espíritu tan alineado de la Historia tradicional. Los nuevos historiadores estaban convencidos de que una de las peores fallas de la historia tradicional había sido su concentración en un solo gran tema (la política). Error, porque la vida auténtica no se agota en una dimensión. No hay historias de partes. Lo real son las historias de conjuntos. Esto es, las llamadas *historias totales*.

El mandato final era claro: expandir el campo de la Historia todo lo que fuera necesario para poder cobijar, dentro del discurso, los temas que estaban haciendo explosión, por su gravedad social evidente.

Fueron esas problemáticas de época las que marcaban la pauta para la evolución que estaba teniendo la historiografía. Aquí los pulsos vienen de la realidad, que precede al discurso. Las sutilezas de la teoría importaron mucho menos, acaso nada.

La Economía devino en el tema más prominente en la posguerra. A partir de 1945, el capitalismo entró en una fase de progreso explosivo. Se forjaron los fundamentos de la Comunidad Económica Europea, se trabaron compromisos comerciales y financieros que comprometieron a todas las potencias del primer mundo. Los flujos financieros, los mercados y los factores productivos, por lo mismo tendieron a globalizarse en una escala que resultaba desconocida. Se hizo real, como nunca, el concepto de "Historia mundial", lo mismo para los países del primer y segundo mundo, que para los países subdesarrollados que conformaron el tercer mundo.

¿Quién podía sorprenderse, por lo mismo, de la significación que tuvo la economía para los nuevos historiadores? Lo mismo cabe decir, con relación a las temáticas sociales. Esto se debe, sobre todo, al impacto que tuvieron los procesos económicos en el terreno social, que se transformó en el espejo en que se visibilizaba la materialidad de sus consecuencias más graves.

En este período, la renta media por habitante se multiplicó varias veces. Nunca se había registrado tal aumento en la capacidad productiva, en un tiempo, además, tan corto. Pero este crecimiento fenomenal en la capacidad para generar riqueza, asociado al capitalismo y al comunismo, se repartió de manera sumamente dispareja. Algunos países comenzaron a crecer a un ritmo acelerado, multiplicando varias veces el tamaño de su economía, al mismo tiempo que se daba inicio a una transición demográfica, que garantizaba que cada vez menos personas fueran las dueñas de mayores riquezas. El problema es que al lado de estos países afortunados había otros que llevaban un ritmo de expansión mucho más bajo, además de una cantidad importante que se

estancó o tuvo retrocesos graves. Se fue creando, como resultado de esta disparidad en los ritmos, una brecha insalvable entre sociedades opulentas y miserables, de potencial explosivo, que separó a los habitantes de la parte norte del planeta respecto de quienes vivían en la parte sur, que también se manifestó al interior de cada país (y entre continentes)¹⁷. Quedó planteado, a su vez, un dilema de difícil solución. ¿Qué va a pasar en el futuro inmediato si sigue profundizándose esta brecha que condena a más de la mitad de los seis mil millones de habitantes del planeta a llevar una vida miserable y anómica, tan contrastada con la situación holgada de núcleos cada vez más pequeños de seres humanos?

La pobreza a que estaban condenadas naciones y continentes completos comenzó a verse agravada por dos fenómenos que no tenían nada que ver con la política, que dieron el tono a las cinco décadas que interesan a esta parte del capítulo. A mediados del siglo xx se produjo en todas partes del planeta una crisis generalizada en el mundo agrícola, debido a una serie muy compleja de fenómenos. Cambiaron los escenarios para la Historia. El hombre, que había vivido siempre en el campo o en pequeñas aldeas, protagonizó procesos masivos de migración. El destino final de esos flujos a gran escala fueron siempre las grandes ciudades, que comenzaron a crecer, a sufrir transformaciones internas profundas, con efectos de horizontes desconocidos sobre las formas de vida y los tejidos sociales. Al mismo tiempo que se modificaban los escenarios, se producía un cambio sustantivo en los números. A mediados del siglo xx el mundo conoció una explosión demográfica que tomó cuerpo especialmente en los países pobres de Asia, África y Latinoamérica, muchos de los cuales habían tenido un nacimiento abrupto, como resultado del proceso de descolonización. Años difíciles para naciones con débil constitución política, sustentadas en economías basadas en las *commodities*, que se transformaron en el escenario predilecto para la refriega del militar, el interés militante del guerrillero o los conflictos indirectos de las dos superpotencias, sumidas en la lógica de la Guerra Fría.

Asomó por todas partes un mundo distinto. Un mundo hiperpoblado, cuyo protagonista eran cada vez más las masas, que copan los espacios, volviéndolos chatos, sucios, peligrosos, pero también ricos en su diversidad.

¹⁷ Hacia el año 1000 d.C apenas se apreciaban diferencias en los niveles de renta de las distintas regiones del planeta. Todos eran pobres y la pobreza se distribuía de manera más o menos pareja. Esta situación comenzó a cambiar lentamente debido a la expansión del capitalismo. A principios del siglo xvi la renta media de Europa doblaba la de África, que ya era el continente más pobre. Hacia 1820 esa brecha había aumentado. La renta del europeo triplicaba la del africano. En el siglo xix el mundo entró en una etapa de crecimiento, que va a incrementarse todavía más a mediados del siglo xx. Esta fase de expansión provocó un aumento considerable de la brecha entre ricos y pobres. Poco antes del inicio de la Primera Guerra Mundial el diferencial se había elevado a nueve veces. A principios del siglo xxi esta brecha se había empinado a veinte veces, poniendo en evidencia una situación de mucha gravedad para la estabilidad del mundo contemporáneo (Cifras de Angus Maddison, citadas por Gabriel Tortella, *Los orígenes del siglo xxi. Un ensayo de historia social y económica contemporánea*, p. 509).

Estas realidades sociales un poco ásperas contrastaban con el mundo social en el que se forjó la historia tradicional.

La fisonomía de las sociedades del siglo XIX tenía gran sencillez. Tal como decía Carlos Marx, había dos clases en expansión, la burguesía y el proletariado, que se imponían sobre las demás. Entre ellas se daban tensiones más o menos predecibles. Junto con estas organizaciones modernas, estaban otras tantas instituciones sociales, con contornos bien perfilados. En el mundo social que conocimos, en la segunda mitad del siglo XX, este cuadro esquemático cambió. La elite se atomizó y perdió fuerza, se ampliaron las capas medias, en la parte baja de la pirámide las realidades se dispersaron hasta llegar a la fragmentación extrema de nuestros días. Instituciones sociales de larga vida, como la familia, experimentaron cambios críticos. Surgieron nuevos grupos y actores sociales. Al final, también, nuevas prácticas sociales que alimentaron visiones de mundo distintas de las conocidas hasta entonces. Se produjo, a partir de la década de 1960, la explosión de una cultura *pop*, esencialmente juvenil... jóvenes insatisfechos que dejaron de mirar con complacencia el mundo que existía... jóvenes que van alentar transformaciones radicales en todo plano, por la vía de la revolución, con agendas políticas progresistas, pero ante todo a través de la música (*rock*, *hippismo*) y de las costumbres (sexo más libre, nuevos tipos de familia).

La Historia quiso aprehender todo eso, ampliando los márgenes del discurso. Para enfrentar la tarea, se contó con el aporte de centenares de investigadores muy imaginativos, que dieron inicio a una etapa de experimentación, que no estuvo limitada por las directrices fijadas por las teorías dominantes en la época –estructuralismo y, en menor medida, marxismo–.

Había razones fundamentales para la poca disciplina teórica que han evidenciado siempre los nuevos historiadores. Los renovadores de nuestra historiografía eran contestes de que las Ciencias Sociales podían aportarles instrumentos metodológicos y conceptuales formidables para tratar materias como la pobreza, el conflicto social o la modernización. Pero advertían, al mismo tiempo, que la amplitud y complejidad de sus temas no daba pábulo para una absorción completa. Por ese motivo, fueron contados los casos de historiadores que alentaron una incorporación sistemática de los principios regulatorios de las Ciencias Sociales. Lo que se dio, más bien, fue una apropiación ecléctica de una gama limitada de herramientas-conceptos, que fueron reelaborados para ajustarlos a las necesidades de la disciplina, siguiendo el alineamiento que aportaban cuatro o cinco escuelas nacionales.

La característica común de las distintas escuelas nacionales fue su apertura teórica, su gran eclecticismo y el énfasis que se dio en el hacer por sobre la premisa epistemológica. Esta regla se cumplió, antes que nadie, con la escuela francesa, que ha sido la principal fuente de inspiración para la renovación en cualquier parte.

El impulso principal para la renovación de los historiadores franceses fueron, efectivamente, los ejemplos prácticos ofrecidos por investigadores que fueron capaces de abordar, con originalidad, temas que no habían sido

cubiertos por la Historia tradicional. Estas obras contenían muchos insumos tomados en préstamo de las Ciencias Sociales, pero que se daban en combinaciones extrañas, siempre al servicio de la claridad que necesitaba una argumentación histórica. La teoría iba detrás de la necesidad. Estas obras se transformaron, luego, en la carta de navegación de los investigadores jóvenes, que replicaron en todo el mundo, incluido Chile, la fórmula probada por un Braudel o un Le Roy Ladurie. No extraña nada, por lo mismo, el nombre que dieron Jacques Le Goff y Pierre Nora a la obra colectiva con que pretendían coronar el trabajo de las dos primeras generaciones de historiadores sociales franceses: *Hacer la historia*.

En este hacer pueden constatarse algunos hilos conductores, tendencias y fases.

El primer ciclo que vivió la ‘nueva Historia’ fue el de la llamada Historia social, que tuvo un reinado indiscutido entre las décadas de 1940 y 1960. Puede sorprender que haya sido así. Los temas económicos fueron el tema más recurrente en esos años. Pero los hechos económicos, como asienta Jacques Revel, no fueron estudiados porque se les diera un valor directo, sino, más bien, por la carga social de que eran portadores, por la manera en que ellos se reflejaban en el plano social¹⁸. Por ese motivo se decía, en la época, que toda historia nueva debía ser, ante todo, Historia social.

Esta relación endogámica de la Historia con la dimensión social provocó un encuentro importante entre Historia y Sociología, que trajo beneficios por partida doble¹⁹. Pero esta afinidad de origen no llegó a tener nunca la firmeza necesaria para que pudiera asentarse un paradigma sólido, con deslindes bien claros. La Historia Social tuvo montones de ramificaciones internas, que eran función de las urgencias que se iban planteando. Las asimetrías económicas, por ejemplo, hicieron necesaria una historia más sofisticada del conflicto social. La explosión que vive la población en el mundo, por su parte, motivó el desarrollo de la Demografía Histórica y, lateralmente, de la Historia Urbana. La irrupción de nuevos grupos sociales y nuevas situaciones sociales, hizo germinar una Historia del género, junto con una de la infancia. El dato implacable de las masas impulsó de refilón la cultura del número, que se hace carne en la Historia Serial o Cuantitativa. Dio origen, también, a una Historia Medioambiental que intenta explicar los desequilibrios a la cadena trófica y del medio, provocados por la humanización de todo el planeta.

¹⁸ Jacques Revel, *Las construcciones francesa del pasado. La escuela francesa y la historiografía del pasado*, p. 68.

¹⁹ Peter Burke puso de manifiesto cuánto se ha enriquecido la mirada de la disciplina gracias a la incorporación de nociones como estructura, función y cambio social, en *History...*, *op. cit.* Esta relación ha sido vital por los dos lados. Esto ha quedado de manifiesto gracias al surgimiento de una sociología con una orientación más histórica, de la que nos habla Theda Skocpol, “Social history and historical sociology: contrasts and complementarities”, pp. 17-30. Esta integración, sin embargo, no ha sido plena, debido a la existencia de focos importantes de tensión, estudiados por Andrew Abbott, que hacen poco viable una fusión más plena (Andrew Abbott, “History and Sociology: the lost synthesis”, pp. 201-238).

La disgregación de cada rama principal en un conjunto de ramales inferiores se dio con intensidad creciente, tomando como único marco de referencia los estilos que eran propios de las distintas escuelas nacionales.

La primera de estas escuelas nacionales, además de la más importante, tuvo asiento en Francia. En 1947 fue fundada la Sexta Sección de la Ecole Pratique des Hautes Etudes, presidida por Lucien Febvre. Se trataba de un centro de investigación, a cargo de la publicación de *Annales*, que se transformó muy rápido en el epicentro institucional de la innovación. Algo similar sucedió, más o menos en los mismos años, con los *New Historians* estadounidenses, que se distinguieron por la sistematicidad con que aplicaron los principios de la ciencia en el trabajo histórico y por la importancia que cobró el trabajo interdisciplinario, que cristaliza en publicaciones de gran mérito, como *Comparative Studies in Society and History* (1958), *Journal of Social History* (1967) o *Journal of Interdisciplinary History* (1970). El progreso que registró la Historia Social en Francia y Estados Unidos fue prolongado algunos años más tarde con el trabajo historiográfico sobresaliente de los historiadores marxistas que orbitaban en torno a *Past and Present*²⁰, el de los miembros de la Escuela de Bielefeld²¹ y el de los cliometristas estadounidenses, con todas sus ramificaciones y derivaciones posteriores²².

²⁰ La historia de este colectivo de historiadores británicos comienza en 1952 cuando un grupo pequeño de miembros del Partido Comunista dieron vida a la revista *Past and Present*. El grupo estuvo conformado por figuras como el economista Maurice Dobb, introductor del marxismo en la Universidad de Cambridge, el arqueólogo Vere Gordon Childe, el medievalista Rodney Hilton, el modernista Christopher Hill, el contemporanista Eric J. Hobsbawm y el famoso historiador de los movimientos sociales, Edward P. Thompson. Tres de los miembros de este grupo nos han entregado una visión interna de mucho valor, en Christopher Hill, Rodney Hilton & Eric J. Hobsbawm: "Past and Present. Origins and early years", pp. 3-14. Para obtener una lectura con mayor perspectiva conviene revisar un breve ensayo de Gertrude Himmelfarb, "The Group: british marxist historians", pp. 70-93, al igual que el estudio clásico de Harvey J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos: un análisis introductorio*.

²¹ La historia tradicional, de corte rankeano, prolongó su existencia en su patria de origen más años que en cualquier otra parte de Europa. La renovación comenzó en Alemania recién bien entrada la década de 1960, a manos de un pequeño grupo de historiadores sociales liderado por Hans-Ulrich Wehler y Jürgen Kocka, que adoptaron como etiqueta distintiva el nombre de la universidad que los alojó. Véase Fletcher, *op. cit.*, pp. 451-480. Es interesante el contraste que existe entre la Historia Social que cobra vida en Alemania occidental, bajo la influencia de la Historia Social francesa y polaca, y la de la Alemania, que era parte del mundo del socialismo real. Véase la contribución de George G. Iggers, "New directions in historical studies in the German Democratic Republic", pp. 59-77.

²² La cliometría fue una de las corrientes que mostró más dinamismo en Estados Unidos, luego de la Segunda Guerra Mundial. Consistió en el intento de trasladar las técnicas cuantitativas desarrolladas por las Ciencias Sociales al dominio de la Historia. La historia de esta corriente arranca en el año de 1958, cuando Alfred H. Conrad y John R. Meyer publicaron un estudio sobre la economía esclavista en el sur, antes de Guerra Civil. El uso de las estadísticas permitió a los autores establecer que el esclavismo era una empresa económicamente rentable. Este derrotero fue prolongado por Robert W. Fogel, que usó un sofisticado modelo contrafactual para evaluar el verdadero impacto que tuvieron los ferrocarriles en el desarrollo estadounidense. En las décadas de 1960 y 1970 los cliometristas ampliaron el uso de estas técnicas, destinadas a dar un tratamiento más riguroso a

Hay que remarcar, una vez más, que esta ampliación se desarrolló por caminos paralelos o yuxtapuestos, sin que hubiera, como destaca Bernard Bailyn, directrices comunes o instancias de coordinación²³.

En los años en que la Nueva Historia daba sus primeros pasos, las tendencias a la fragmentación pudieron ser mitigadas, en algún grado, debido al impacto que tuvieron obras señeras como las de Fernand Braudel o, más tarde, Edward P. Thompson, que ofrecían modelos macizos de la ortodoxia que podría venir en reemplazo del discurso derrotado. Sin embargo, estos esfuerzos articulados, con ambiciones culturales tan amplias, no fueron replicados por los investigadores que hicieron carrera a continuación, que no contaban con las condiciones personales, las facilidades institucionales, los medios o, incluso, las ganas que eran necesarias para emprender tareas de tanta envergadura. El paradigma de la historia económico-social más dura pronto fue superado por las exploraciones menos ambiciosas de investigadores que daban impulso a historias de las mujeres, de la vida cotidiana, de los olores, la experiencia, el ambiente, microhistorias, en que los centros se diluían, que no pretendían ser el modelo de nada, salvo de otras investigaciones más o menos similares. Se trataba, simplemente, de aperturas que pretendían cubrir todo fragmento posible de la realidad, con gran beneficio para la disciplina misma, que se fue enriqueciendo a través de la incorporación de nuevos matices.

La tendencia a la dispersión se acentuó hacia fines de la década 1960, a medida que comenzaron a quedar de manifiesto las aporías de la historia económico-social, que había sido la punta de lanza de la ‘nueva historia’. La perspectiva analítica y generalizadora, con acento estructuralista o marxista, había logrado, efectivamente, incrementar el poder explicativo de la Historia. Pero estas ganancias habían sido eclipsadas por debilidades evidentes, acusadas por numerosas obras que gozaron de gran reputación en estos años. ¿Qué problema presentaban? Se trataba de trabajos sustentados en un aparato teórico y metodológico impresionante que se condecía poco con el magro resultado empírico que ellas habían aportado. El caso más llamativo, satirizado por Carlo M. Cipolla, era el que ofrecían trabajos que exhibían gran rigor científico, dedicados a exponer temas francamente irrelevantes, mucho menos interesantes, desde luego, que los que habían interesado a los viejos historiadores políticos²⁴. La convicción de que se había invertido demasiado en

las temáticas económicas, al dominio de la historia social, la demográfica e, incluso, la política, en consonancia con el espíritu más científico que siempre ha tenido la historiografía estadounidense. Lawrence Stone, “La historia y las ciencias sociales en el siglo xx”, pp. 15-60, ofrece una visión en perspectiva de la contribución de este movimiento que sigue siendo muy útil.

²³ Bernard Bailyn, “The challenge of modern historiography”, p. 2.

²⁴ Carlo M. Cipolla es un reconocido cultor de la Historia Económica, que es la rama de la Nueva Historia que usó en forma más intensiva los recursos propios de las ciencias duras. Hacia fines de la década de 1980 escribió un curioso libro que usa la retórica de los economistas y los más sofisticados galimatías de la ciencia para elaborar una teoría general de la estupidez, que es ella misma bastante estúpida. Este ejercicio de sátira es un llamado de alerta en contra de las

recursos, tiempo e inteligencia para obtener resultados tan modestos se daba al mismo tiempo que se instalaban, en el medio de los historiadores, fuertes dudas respecto del valor de los trabajos históricos con una orientación demasiado analítica o con pretensiones teóricas exacerbadas. Este escepticismo no era reflejo de una situación de crisis interna. Se trataba, más bien, del clima atmosférico de una época en que Occidente se sintió inseguro con relación a lo que Quentin Skinner ha llamado la "Gran Teoría"²⁵.

¿Qué era la Nueva Historia, al final, más allá de la dispersión fenomenal que se ha descrito? Las distintas escuelas nacionales tenían muchas diferencias entre sí. Todas, sin embargo, se encontraban en algunos tópicos, lo que permitió el surgimiento de un cierto 'aire de familia'.

Los renovadores que dieron vitalidad a las distintas corrientes evidenciaban un interés mucho más marcado que sus predecesores por el mundo. El viejo historiador decimonónico, efectivamente, no tenía la menor conciencia de realidades distintas de las propias. En su discurso tanto nacional como mundial, se ha visto, sólo tenían cabida los intereses y preocupaciones de los occidentales. En los años que interesan a este capítulo, este escenario cambió de una vez y, según parece, para siempre²⁶.

Las décadas de gloria para la 'Nueva Historia' coincidieron con la etapa en que se produjo una especie de *des-europeización* general en el planeta. Los imperios coloniales se desmembraron, mientras hacían su aparición triunfal decenas de países asiáticos, africanos o latinoamericanos, que se transformaron, en los años de la Guerra Fría, en el asiento de varios de los procesos más significativos de la contemporaneidad. En estos rincones remotos había otras prioridades, otros desafíos, otras encrucijadas. De sopetón, el occidental tuvo que salir del encierro autista de su discurso y tuvo que descubrir, por primera vez, el mundo que estaba *allá afuera*.

Esta apertura de mente conllevó dificultades nuevas. Varios de estos países de gestación reciente se habían constituido a partir sociedades que no dominaban la escritura. Había necesidad, por lo tanto, de encontrar la manera de escribir la historia de *pueblos sin historia*; esto es, de pueblos cuyo pasado no había quedado registrado en documentos escritos, que estuvieran a recaudo en algún archivo público o privado. Fue necesario, para hurgar en ese pasado silente, apelar

seguridades hiperventiladas de la Historia con pretensiones científicas. Véase Carlo M. Cipolla, *Allegro ma non troppo*.

²⁵ Quentin Skinner (ed.), *El retorno de la Gran Teoría en las ciencias humanas*.

²⁶ Geoffrey Barraclough señala, con razón, que la ampliación en el campo de visión que tuvo lugar en estos años, tanto en el tiempo (hacia atrás, hasta abarcar a las sociedades ágrafas) como en el espacio (hacia los lados, hasta cubrir a los territorios del sur del mundo), fue el segundo cambio más importante que conoció la historiografía *post* Segunda Guerra Mundial: el primero, sin duda, fue el paso de la lógica ideográfica a la nomotética, que transforma a la disciplina en una ciencia social del cambio. Véase el tratamiento que da al tema Geoffrey Barraclough en "Historia", en Maurice Freedman, Sigfried J. de Laet y Geoffrey Barraclough, *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales*, vol. 2, p. 413 y ss.

al registro oral. Se fue creando, en esa medida, un puente de comunicación directo con la Arqueología y, más tarde, con la Antropología. Por primera vez la prehistoria había dejado de ser un campo vedado para el historiador.

Las universidades estadounidenses o europeas se llenaron de cátedras dedicadas al estudio de Asia, África o Latinoamérica. Proliferaron publicaciones y congresos afines. Se afirmó, al mismo tiempo, una “Historia de ultramar”²⁷ o una “Historia Imperial”²⁸, que miraba a los de *afuera* con el mismo interés que a los de *adentro*, conllevando un replanteamiento radical de la tradicional historia universal (que no tenía, con franqueza, nada de universal). Aunque esta ‘Nueva Historia’ dependía tanto como la antigua de los conceptos y enfoques occidentales, se crearon las condiciones para que los renovadores locales, de todo el mundo, pudieran iniciar una etapa de revisión de sus períodos, temas y personajes, disociada de los énfasis de la historia europea. Comenzó a deshacerse la división centro/periferia. Se instaló una visión de la historia en que todos los pueblos, civilizaciones o culturas tenían la misma importancia y debían recibir, por lo mismo, un tratamiento historiográfico similar, lo que supuso un vuelco espectacular para una disciplina cuyo fundamento último era la convicción de que existía un *solo* modelo a seguir y un camino predefinido para acercarse a ese modelo.

La destrucción de los centros operó descendentemente. Los historiadores indonesios o bolivianos, lo mismo que los franceses o los polacos, renunciaron por completo al concepto de periferia. Toda experiencia humana asomó a sus ojos como igualmente significativa (y digna de una historia), permitiendo que millones de seres humanos, que habían sido borrados de las faz de la tierra por la Historia Tradicional, pudieran encontrar un lugar propio.

Colaboró a este proceso la inversión que tuvo lugar, en estos años, en la escala de prelaciones. La Historia Tradicional miraba el pasado “desde arriba”. Daba por sentado que los avances y los quiebres en los procesos sólo podían producirse como función de las voluntades de las personas que detentaban posiciones de poder reales, aquéllos que, por las responsabilidades que tenían en el mundo de la economía y, especialmente, en el de la política, estaban en condiciones de *hacer la diferencia*. El resto de la humanidad –la gente corriente, las minorías étnicas, la totalidad de las mujeres– quedaban fuera del drama histórico, no porque no existieran, sino porque sus deseos, voluntades y acciones no eran consideradas un vector importante para explicar el cambio social.

El nuevo enfoque revirtió las prelaciones, asumiendo el ángulo visual de las masas, optando por una simplificación equivalente a la que intentó superar: trata de mirarlo todo “desde abajo”, dando por sentado que las vivencias de la gente corriente son el factor explicativo principal. ¿Hay razones para suponer que las experiencias de la gente sin importancia deban tener más peso que las experiencias de quienes detentan realmente el poder?²⁹ Esta inversión, que

²⁷ Henk Wesseling, “Historia de ultramar”, pp. 89-118.

²⁸ Linda Colley, “¿Qué es la historia imperial ahora?”, pp. 235-261.

²⁹ Debemos a Tim Sharpe, “Historia desde abajo”, pp. 38-58, una muy buena argumentación a favor de una historiografía que adopta como enfoque la posición de la gente menos importante.

hace aparecer en primer plano lo que antes estaba en segundo plano, sólo se entiende como resultado del desplazamiento concomitante que se produjo desde lo individual a lo colectivo.

La Nueva Historia, efectivamente, desdibuja por completo el papel del individuo, estableciendo un contraste muy marcado con las premisas de la historiografía tradicional. Los historiadores decimonónicos, hemos visto, consideraban a la sociedad como una especie de ente vacío, un simple espejo o paraguas, que tenía poco peso propio. El punto de vista del nuevo historiador polemiza con esta visión que transforma al individuo en la base exclusiva de toda práctica social. Para el renovador las cosas son exactamente al revés: la esfera socioeconómica es vista como una *estructura objetiva primaria*, que se gobierna autónomamente, que dirige o condiciona el cambio que es posible, la única que puede, por lo tanto, ser portadora de significados intrínsecos. Su peso específico es enorme. El del individuo, en cambio, leve. ¿Qué tan leve? La nueva teoría social del historiador renovado considera la subjetividad individual reflejo o expresión del contexto en el cual los agentes se encuentran insertos. Alega a favor del inconsciente, polemizando contra la racionalidad de lo consciente. Discute, además, la importancia de las intenciones como motor del comportamiento. Las verdaderas causas de las acciones, no sólo trascienden regularmente la voluntad de los agentes sino que casi siempre les resultan a éstos inaccesibles.

Esta visión de la importancia de la esfera social es común a los historiadores renovadores de todas las escuelas. Algo similar sucede con la teoría de causalidad que las subyace. Tanto los estructuralistas como los marxistas convergen en considerar a la realidad como una especie de pirámide, conformada por dos capas distintas. En la base de la pirámide se despliega lo social, que es la estructura primaria, lo real puro. Encima de esa capa nos encontramos con una capa subalterna o derivada, una superestructura o como quiera llamársela, donde está alojada la cultura, y bajo su dependencia, la arista política. Ambas capas conforman un todo, una unidad orgánica, compuesta de estratos regidos verticalmente, implicando siempre una cierta relación de dependencia.

Una explicación verdadera, para quienes comulgan con esta visión piramidal, debe capturar la naturaleza dinámica de la relación trabada entre ambas capas. Por eso la historia social tiende a ser, en la intención, casi siempre, una 'historia total'.

Las cosas funcionan así dentro de la pirámide. Los individuos ocupan distintas posiciones en el proceso productivo, modo de producción, o como quiera llamárselo. Es la posición que cada sujeto ocupa en el ámbito socioeconómico la que define, sin contrapeso, sus intereses objetivos, lo que pasa en su cabeza y los patrones de conducta. ¿Qué tan directa es la dependencia entre ambas esferas? La Nueva Historia no milita con el determinismo. Pero nunca discutió la naturaleza de la relación entre el nivel objetivo y el subjetivo, entre las estructuras y la esfera de la acción, entre la larga duración y el tiempo corto de la vida real. Dio todo esto por sentado, reservándose para lo que consideraba determinante: el *hacer* historia, descrito más atrás.

Hubo más cambios. Todas las nuevas historias, sin excepción, concibieron las prácticas que estaban alentando como ejercicios de ciencia, en el sentido más riguroso del término. Todas ellas, a la vez, trataron de erradicar modelo de explicación teleológico, propio de la Historia Tradicional y todas ellas promovieron una práctica interdisciplinaria más efectiva. El tratamiento de la historia como Ciencia Social conllevó, en todos los casos, un deslizamiento de la lógica *ideográfica* a la *nomotética*, una orientación *desde abajo* en reemplazo de la visión dominante *desde arriba*, el paso de un interés por los individuos a una preferencia por los fenómenos colectivos. Los cambios relacionados suman y siguen. El perfil narrativo de la Historia fue sustituido por uno analítico, la visión descriptiva por una problematizadora, el axioma de la objetividad absoluta fue reemplazado por un objetivismo mitigado³⁰, similar al que pretenden las Ciencias Sociales, en la visión de Thomas Khun. Y acaso lo más importante de todo: hay un cambio sustantivo en el foco de interés desde el plano exclusivo que aportaba la política a un dominio mucho más amplio que pretende cubrir todas las dimensiones del ser humano.

¿Cómo debía ser una Historia que abarcara todas las dimensiones del ser humano, pero sin menoscabar la teoría de la causalidad social que se ha descrito recién? En una etapa inicial esta vocación universalista tomó la forma de una simple disposición. Hasta que fue decantando un modelo inicial de Historia Total, cuya primera versión articulada se dio en la obra de Ernst Labrousse, un miembro del Partido Comunista francés, que nos aportó, curiosamente, una visión no *marxiana* de la Historia, de gran porvenir.

La trama explicativa de la Historia que propuso, se componía de tres planos. En el nivel superior está el entorno geográfico, la Demografía y la Economía; en el segundo plano, se desenvuelven los fenómenos sociales y en el último plano nos encontramos con las actitudes políticas. Lo político al final. Ernst Labrousse pudo, con esto, explicar la revolución francesa muy bien. Este paradigma fue reproducido por todos los nuevos historiadores sociales, marxistas o no marxistas. El más sonado de ellos fue Fernand Braudel, que propuso una variación del esquema tripartito de su colega. La realidad histórica, mantuvo, estaba segmentada en tres capas: primero la geografía, el clima y la biología; a continuación los pulsos de la demografía y los ciclos económicos; al final, la cultura, la política, todo lo que se da en el momento, incluida la esfera de la acción humana intencional, que redujo su importancia, como factor del cambio histórico³¹.

Esta fórmula de Historia Total, que organizaba las realidad en tres pisos separados, poniendo los más importantes en la parte de abajo, y los menos,

³⁰ Los nuevos historiadores, como asienta Ignacio Olábarri, en “La Nueva Historia, una estructura de larga duración”, pp. 29-81, admiten el relativismo moral y el cultural, pero discuten que haya relativismo cognoscitivo.

³¹ Fue Ernst Labrousse y no Fernand Braudel, en este sentido, el verdadero fundador de la historia social francesa. Véase Antoine Prost, “What has happened to French Social History?”, pp. 672-673.

en la de arriba, mantuvo su vigencia hasta fines de la década de 1960, cuando la tercera generación de los *Annales* comenzó a alentar un formalismo extremo, que fue disociando el trabajo del historiador de los objetivos que podían interesar a la sociedad de la época, incluidos los profesores que realizaban el trabajo educativo en el terreno mismo. Esto se debió, ante todo, al aporte de los cultores de la llamada 'Historia Serial', variante francesa de la Historia Cuantitativa estadounidense, que realizaron una rica obra bajo el paraguas conceptual de las ideas de Claude Lévi-Strauss y Louis Althusser.

La Historia Social, en esos años, comenzó a organizar la realidad en largas series numéricas, que cubrían todas las dimensiones posibles de la experiencia humana: sistemas de producción y distribución, formas de interacción social y jerarquías, instituciones; cultura, mentalidad, creencias. Estas variables numéricas ya no estaban dispuestas jerárquicamente, debido a que se había iniciado un cuestionamiento al determinismo de la primera Historia Social, que había transformado a la esfera socioeconómica en la causa primaria del cambio y la continuidad. Todas las variables debían ser tratadas con la misma importancia, porque todas y cada una de ellas resultaban igualmente gravitantes para la preservación de los sistemas de equilibrio que se desplegaban en el largo plazo.

Como la tarea de hacer un seguimiento de un abanico de variables tan amplio era muy exigente, se fue reduciendo la escala de cobertura de los estudios. Se pasó de temas generales, que involucraban a *todo* el mediterráneo, a objetivos mucho más acotados, como la historia de un valle, una pequeña localidad, vista por todos sus flancos, en un seguimiento que cubría varios siglos.

El énfasis en la larga duración fue arrastrando las cosas al absurdo cuando comenzó a alegarse a favor de una Historia que excluía el movimiento, disolviendo a la disciplina en esa intemporalidad, que era propia de la Sociología o la Ecología³².

Todo se volvió equilibrio. Los textos de la época mostraban el despliegue de una serie de variables que se regían por sus propias fuerzas internas, sin que ninguna tuviera un peso especial, sin que, además, la agencia humana tuviera gravitancia. Desapareció, con ello, la posibilidad de ofrecer una verdadera explicación histórica del cambio social. Porque "si todo es usado para explicar todo, entonces no hay nada que haya sido explicado"³³. Pero precisamente de eso se trataba. A estos historiadores totales ya no les interesaba descubrir la naturaleza última de la realidad: en los textos experimentales escritos en las décadas de 1960 y 1970, el tiempo se detiene, ya no hay protagonistas, sólo macroestructuras que no se mueven. Es, como se decía entonces, una curiosa *sin gente*³⁴.

³² Emmanuel Le Roy Ladurie, bautizo a esta historia de lo que no cambia "L'histoire immobile", véase una contribución suya que lleva este título en *Annales: économies, sociétés, civilisations*, vol. 29, pp. 673-692.

³³ Christopher Lloyd, *The structures of history*, p. 126.

³⁴ Un magnífico ejemplo de una historia cuyo protagonista ya no son los seres humanos en Emmanuel Le Roy Ladurie, *Times of feast, times of famine: a history of the climate since the year 1000*.

En la década de 1980 se produjo una primera reacción en contra de los extremismos de esta Historia, tomando distintas direcciones y denominaciones. ¿Tiene algún sentido hacer *Historia Total*, perfectamente científica, pero de fragmentos cada vez más pequeños de la realidad, una localidad minúscula, acaso de un solo individuo? Los precursores de la Nueva Historia descubrieron la importancia de las fuerzas impersonales, pero no se olvidaron nunca del papel que cabía en la historia a los seres humanos. La perspectiva del agente, individual y colectivo, siempre estaba presente como voluntad o bajo la forma más antropológica del *utillaje mental*. Había lucha, propósitos, además de azar, siempre en tensión con las estructuras. Los *Reyes taumaturgos* de Marc Bloch y el *Lutero* de Lucien Febvre son ejemplos de esta norma. En *Le Dimanche de Bouviness* de Georges Duby (1973) o en *Montaillou, le village occitan* de Emmanuel Le Roy Ladurie (1973), este equilibrio se pierde. La tensión entre estructuras y acción se atenúa, no hay drama, no se observa la latencia de algún principio de acción, los humanos se vuelven figuras pálidas, cuya voluntad tiende a diluirse en una trivialidad un poco intrascendente.

El resultado de todo esto es la paradoja. En las historias totales que proliferaron en estos años, los verdaderos protagonistas son tendencias abstractas, del clima, la geografía o la economía. Los individuos comienzan a aparecer al final de los textos, en la posición reservada a lo que no tiene importancia. Y junto con mitigarse la figuración de los agentes, tiende a desaparecer la importancia de los hechos, subsumidos en las estructuras de la larga duración. Con un resultado final francamente absurdo: son eliminados de la historia académica los hitos fundamentales en la trayectoria de los países, aquello que constituye la materia prima del trabajo escolar, los insumos esenciales de la industria de la divulgación histórica, los elementos claves en la simbología patria que son esenciales para la convivencia republicana. ¿Qué significación puede tener una historia estructural en que no tiene cabida ni el día de la independencia, ni las más importantes crisis en la convivencia civil, ni las guerras, ni los grandes momentos de cambio, ni los héroes en los que la comunidad se reconoce, ni nada de aquello que alimenta el tipo de historia que resulta familiar para la gente corriente, lo mismo que para los historiadores?

Algo similar sucedió, en el perímetro de la *New History* anglosajona, aunque por motivos distintos. Los renovadores de ese mundo cultural basaron su trabajo experimental en la aplicación más estricta de los principios de la ciencia, omitiendo muchas de las excentricidades francesas –como la de la historia sin gente o sin tiempo–. Pero esta fórmula no pudo corregir el problema de la fragmentación y esa tendencia a lo trivial propia de las distintas corrientes historiográficas de la época. ¿Razones? Los historiadores quisieron obtener de las ciencias algo que ellas no estaban en condiciones de ofrecerles. Las Ciencias Sociales, contra lo que se tiende a suponer, no poseen un cuerpo unificado y consistente de doctrinas, no manejan un conjunto de interpretaciones o conceptos que sean unánimemente adoptados. Cada disciplina, por el contrario, se mueve dentro de un ámbito de especialización bien delimitado,

aborda determinados objetos de estudio, se formula determinadas preguntas, mira la realidad desde un determinado enfoque, sin cuidarse de lo que pasa al lado. Este desinterés en alcanzar un consenso de cobertura amplia, conlleva un sacrificio importante: las Ciencias Sociales han renunciado hace rato, como apunta François Furet, a proveer a la sociedad de explicaciones comprensivas o totales de los fenómenos contemporáneos, como las que interesan a los historiadores. Lo que aportan, al final, son iluminaciones tan fragmentarias y limitadas como las de los microhistoriadores³⁵.

En la década de 1960, cuando la Nueva Historia vivía su mejor momento, transformada en una verdadera moda, ninguna de estas aporías tuvo gran visibilidad. Las cosas cambiaron unos pocos años después, como resultado de cambios contextuales que se dieron en una escala mucho más amplia.

A principios de los años setenta Occidente enfrentó el término de esos treinta años gloriosos de paz y crecimiento inalterable que se habían producido luego de la Segunda Guerra Mundial. La crisis económica, gatillada por el alza en el precio del petróleo, y los signos de agotamiento que se evidenciaban por todas partes, alentaron el surgimiento de una nueva generación de críticos culturales que comenzaron a mirar el proyecto de la Nueva Historia con creciente sospecha. Se instaló la duda sobre la viabilidad de una historia concebida como Ciencia Social, y en todas partes comenzó a hablarse de una crisis general de la Historia. Más bien, de la 'Nueva Historia'³⁶.

Había buenos fundamentos para esas críticas. Los renovadores habían cumplido mucho menos de lo que habían prometido. En lugar de aportar las bases para una comprensión más profunda de los fenómenos sociales, su trabajo disidente había terminado barriendo con el individuo, dando vida a una especie de positivismo invertido, que reemplazaba el determinismo político, propio de la Historia Tradicional, por un nuevo tipo de determinismo, que transformaba lo económico (y, subsidiariamente, lo social) en un vector explicativo a toda prueba. ¿Qué beneficio real había sacado la Historia luego de formar alianza con el estructuralismo pretendidamente científico de Claude Lévi-Strauss que intentaba *superar al sujeto* o con el proyecto científicista anglosajón, inspirado en el modelo deductivo-inferencial de Karl Popper y Carl Hempel, que se esmeraba por tratar a las personas como si fueran cosas? Los enfoques analítico-estructurales, cimentados en las matemáticas, habían logrado revestir el trabajo histórico de un aire de mayor seriedad científica, pero no habían logrado aportar explicaciones coherentes del cambio histórico, que fueran más elaboradas, sensibles o precisas que las razonadas por los viejos historicistas.

³⁵ Furet, *op. cit.*, p. 393.

³⁶ La reacción más fuerte tuvo lugar en el mundo anglosajón. Comenzó a hablarse allí de los "pies de barro" del proyecto de historia científica, para usar una expresión popularizada en la obra de Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *La verdad sobre la historia*, pp. 155-221, y se anunció la inminencia de un terremoto de grandes proporciones, como resultado del giro lingüístico que debía vivir la Historia hasta transformarse en una variante más de la literatura. John E. Toews, "Linguistic turn and discourse analysis in history", pp. 8916-8922.

La pérdida progresiva de fe en la Historia Científica provocó, hacia fines de los años setenta, un nuevo interés por la dimensión más humanista de la disciplina, y comenzó a hablarse de la necesidad de un retorno a la Historia Narrativa³⁷. Quedó de manifiesto que las dinámicas de la vida contemporánea eran mucho más complejas que lo presupuesto por los historiadores económico-sociales, entre otros motivos, debido al peso enorme que tenía la cultura, como capa intermedia que desfigura los pulsos que vienen de las profundidades de las estructuras, permitiendo que las acciones seguidas por las personas y los grupos puedan liberarse de los condicionamientos materiales. Surgió, en ese contexto, la necesidad de forjar una ‘nueva historia social’³⁸, distinta a la descrita por Eric Hobsbawm a principios de los años setenta, en los tiempos heroicos de la historia social, que incorpora como insumo principal la cultura³⁹. Cobró vida, al mismo tiempo, una ‘Nueva Historia Cultural’⁴⁰, cuyo referente era la Antropología y, más tarde, la Literatura, que se constituirá en el referente de los curriculistas que introdujeron la renovación entre los requisitos de la parrilla escolar y universitaria.

³⁷ En 1979 Lawrence Stone publicó la versión inglesa de “El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de la nueva y vieja historia”, pp. 95-120. En este breve ensayo realizaba un balance desolador de los logros de la Historia de orientación más científica. El autor reclamaba la necesidad de recuperar, de manera parcial, las adquisiciones más importantes de la Historia Tradicional, para dar vida a una Historia que devolviera su lugar al individuo, lo mismo que a las dimensiones política y cultural de la vida social, que habían sido borradas por los vanguardistas. Este ensayo causó gran revuelo en los años ochenta. Historiadores sociales como Eric Hobsbawm y Jürgen Kocka reaccionaron con réplicas bastante duras. Véase del primero “Sobre el renacer de la narrativa”, pp. 190-195. También del segundo “¿El retorno de la narración? Alegato a favor de la argumentación histórica”, pp. 87-104.

³⁸ En las décadas de 1970 y 1980 las formas más tradicionales de la nueva historia, organizadas en torno de lo social, comienzan a sufrir duros cuestionamientos internos, que hicieron pensar en la posibilidad de un fin de la historia social. Véase Patrick Joyce, “¿El final de la historia social?”, pp. 25-46. Esta crisis se había originado como resultado de las evidentes limitaciones del esquema explicativo vigente. El historiador social daba por sentado que las fuerzas estructurales, que se desplegaban en la larga duración, eran un motor causal primordial. La cultura y la política eran vistas como elementos secundarios. El problema con este esquema, quedó claro, es que resultaba cognitivamente estéril. Los historiadores económico-sociales no fueron capaces de establecer y explicitar cómo operaban los vínculos de dependencia entre las estructuras objetivas y las conductas individuales o sociales. Había algo entre ambas esferas que hacía una diferencia. ¿De qué se trataba? El marxismo contemporáneo tomó cartas en el asunto elaborando el concepto thompsoniano de ‘experiencia’. La vía de salida del grueso de los historiadores sociales, sin embargo, consistió en abrir su frente interno para conceder un papel mucho más importante a la cultura. Miguel Angel Cabrera ha tratado este tema muy bien en dos de sus artículos: “Linguistic approach or return to subjectivism? In search of an alternative to Social History”, pp. 74-89 y “Más allá de la historia social”, pp. 11-17.

³⁹ La versión inglesa del artículo de Eric Hobsbawm, “De la historia social a la historia de la sociedad”, pp. 5-26 fue publicada originalmente en la revista *Daedalus*, el año 1971, cuando los tiempos gloriosos de la historia social estaban culminando.

⁴⁰ Una visión bastante completa de las orientaciones seguidas por la ‘nueva historia cultural’, en la década en que se puso de moda la antropología, en Hunt, *The New... op. cit.* Peter Burke publicó, el 2004, una obra que ofrece una panorámica del camino recorrido a partir de entonces, que ya ha sido traducida: *¿Qué es la historia... op. cit.*

La Historia, a partir de ese momento, comenzó a refrescarse como nunca. La pérdida de confianza en la posibilidad de producir una explicación ciento por ciento coherente sobre los fenómenos humanos, permitió que la disciplina se volviera más tolerante consigo misma y que se iniciara un proceso de democratización que todavía se encuentra en pleno desarrollo.

El tiempo era propicio para ello.

En la década de 1980 el mundo vivió la experiencia de una globalización desatada, las escalas se ampliaron y se iniciaron complejos procesos de cambio social y cultural que pusieron en jaque las identidades que habían sido construidas a lo largo de siglos. La respuesta a esta crisis momentánea fue un interés inédito por la Historia, que abarcó a todas las capas de la sociedad, en todos los confines del planeta.

La Historia se ha descentrado y se ha difuminado, a partir de entonces. Cada grupo o institución reclama, hoy, el derecho a construir su propia Historia; cada actor social, ha podido encontrar, con la colaboración de la Nueva Historia, un domicilio historiográfico propio. Lo que le sucede a los grupos y a las instituciones, le pasa también a los individuos, transformados ahora en consumidores ávidos de Historia y en clientes habituales del psicoanalista (que sana a sus pacientes haciendo un trabajo activo con sus historias personales).

El proceso es incremental. Cada día sectores más amplios de la ciudadanía descubren la enorme riqueza contenida en el enfoque histórico, no sólo para interpretar correctamente el pasado sino, también, para intervenir, con eficacia, en el presente, de cara al futuro.

La conciencia histórica se expande sin freno, abandonando el reducto seguro, pero estrecho, que le ofrecía la academia, transformada en una urgencia contemporánea, a la vez que en un producto de consumo masivo.

Numerosos libros de Historia, como la *Historia de la vida cotidiana*, elaborada por los franceses, o la *Historia de Europa de Oxford*, le están haciendo competencia a los novelistas de moda, alcanzado éxitos editoriales en el ámbito mundial. Lo mismo ha pasado con los documentales históricos que debemos a la BBC, que son grito y plata, y alguna que otra producción menor, en nuestro continente.

Pero lo notable no es que se produzca este interés creciente por la Historia Académica. En forma paralela se constata un interés todavía mayor por la Historia que están generando quienes mueven hoy la industria cultural.

Autores como Michael Ondaatje con su *Pasaje a la India*, Philip Roth con su *Me casé con un comunista* o nuestro Mario Vargas Llosa con varias de sus novelas, como la *Fiesta del chivo*, muestran un interés completamente inusual por ver cómo el pasado se refleja o influye en la construcción del presente. No son novelas históricas, como *Adiós al séptimo de línea* (culebrones melodramáticos con intenciones patrióticas). Se trata obras de ficción de gran sofisticación estética y ética, enriquecidas por una mirada historiográfica muy fina.

La moda de la historia no se ha dado solamente en el ámbito de la literatura de arte, destinada a la elite. También está penetrando, en forma sin

precedentes, en otras capas de la industria cultural. Uno de los fenómenos editoriales más importantes de nuestro tiempo ha sido *El Código da Vinci*, una novela que se digiere fácil, que supo explotar muy bien una intriga histórica imaginaria. Lo mismo han hecho todos los grandes autores de *best sellers*, como Barbara Wood, entre otros.

Lo que ha pasado con la literatura, ha pasado, al mismo tiempo, en el cine, con realizaciones sobresalientes como la *Lista de Schindler* o *La caída*, que han logrado obtener reconocimiento del medio, además de buenos ingresos de taquilla. La gente quiere que los novelistas y los cineastas, no sólo los aburridos académicos, les ofrezcan pasado. Esto es evidente incluso en el ámbito de tele-series, como las que pasan los canales de televisión chilenos, con resultados de audiencia bastante positivos, o en el de los juegos de computador, como el clásico *Age of Empires*, cuya primera versión fue lanzada al mercado muchos años atrás⁴¹.

La demanda por la Historia ha llegado a las sociedades mismas, que han querido salir de los traumas vividos en el siglo xx, haciendo una retrospectiva: construyendo monumentos para celebrar o condolerse; componiendo balances para conocer la verdad, al estilo de nuestro *Informe Rettig*, llevando a las épocas anteriores, que permitieron los genocidios, al banquillo de los acusados, dentro de los tribunales, tanto nacionales como internacionales⁴².

Uno de los medios que más ha contribuido, en la última década, al auge en el interés por la historia ha sido Internet. En la *red de redes* –tema del último capítulo de este libro– los usuarios no tienen más que ingresar una o dos palabras en un buscador como Google para obtener información sumamente completa sobre casi cualquier tema o período histórico. No sólo eso. INTERNET, además de dar acceso ilimitado a la información, permite que cualquier persona pueda, hoy, ser un creador de contenidos históricos, imágenes históricas, mitos históricos.

El resultado de este proceso ha sido una socialización de los principios eclécticos que la Nueva Historia propuso alguna vez, generando condiciones excepcionalmente positivas para el trabajo educativo: el giro posmoderno, que tuvo lugar desde fines de los años ochenta, ha permitido que la Historia vuelva a ser esa ‘maestra para la vida’ que colaboraba activamente en la formación ética, política y estética de los jóvenes; todo esto, bajo principios de máxima libertad, que son esenciales para el mundo que se viene encima, en el siglo XXI.

4. ‘NUEVA HISTORIA’ Y CURRÍCULO ESCOLAR

En este del capítulo se ha argumentado que la relación de la ‘Nueva Historia’ con el currículo es esencialmente problemática, debido a las complejas situa-

⁴¹ En 1997.

⁴² Richard J. Evans “Prólogo...”, *op. cit.*, pp. 239-249, aquí describe, con especial claridad, las múltiples maneras en que se ha materializado este interés contemporáneo por la Historia.

ciones a que ella da lugar. Estas complejidades se originan como resultado de características que son propias de la 'Nueva Historia', sobre las cuales vale la pena decir algo.

La Historia Tradicional, con todas sus limitaciones, se regía por principios bastante claros. Se postulaba la existencia de procesos, empujados por factores causales definidos; había concordancia en el que el progreso era inevitable y en la primacía de la razón occidental; había una idea estándar acerca de qué era el mundo; había un modo claro de pensar sobre el pasado y de escribir sobre eso, que resultaba perfectamente funcional con las necesidades de una época en que se afirmaban los estados nacionales, y en que se mundializaba el capitalismo, junto con el imperialismo; era posible, además, enseñar la historia, con gran beneficio para el orden social y político de la época, sin quebrarse la cabeza pensando en cómo lograr un aprendizaje significativo de parte de los alumnos: bastaba afirmar la autoridad del docente y reproducir con elocuencia y buena voz lo que afirmaban los textos, como si esto fuera la realidad misma.

La Historia Económico-social, que fue la primera posta en el proceso de renovación, estaba sujeta a principios reguladores tan transparentes como los que daban articulación a la Historia Tradicional. Aunque su preocupación por lo masivo y su vocación científica transformaba a la enseñanza en un ejercicio más abstracto de lo que convenía a la madurez de los estudiantes, de todas maneras era posible contar con los puntos de referencia mínimos para orientar el trabajo en el aula.

Eso no sucedió con la Historia más reciente, que destronó rápido a la primera Historia Económico-social (que casi no tuvo existencia en el currículo escolar).

En las dos últimas décadas hemos visto cómo se produce una gran apertura temática en los temas, enfoques y problemas. El campo de la Historia como conjunto, se ha ampliado de manera extraordinaria. Pero al mismo tiempo, se han ido perdiendo los centros. A diferencia de lo que sucedía con la Historia Rankeana o con la Historia Económico-social más dura, la historiografía más reciente es un producto cultural poroso, al que le falta en fundamentos, objetivos y vocabulario.

Esta falta de definición no es un hecho incidental. La Nueva Historia surgió a mediados del siglo xx, como un acto contestatario de rechazo del mundo precedente, canalizado por cuatro o cinco escuelas nacionales, que tenían poco que ver entre sí. Esta falta de definición, que quedó fijada en su ADN, comentada largamente a lo largo de este capítulo, dejó planteadas dificultades de grueso calibre a educadores que tienen que enseñar el *saber disciplinar* y que necesitan contar con un piso menos movedizo. Sobre todo debido a que esta complicación específica, para el trabajo educativo, se produjo al mismo tiempo que se manifestaban otros problemas, que vale la pena comentar.

Siempre ha habido, en Historia, esfuerzos de renovación rotulados como 'nuevos'. Hacia fines del siglo xvi, un grupo de intelectuales franceses, entre los que destacaba Lancelot Voisin de La Popelinière, propusieron una historia

alternativa a la de Heródoto. En el siglo XVIII una pléyade de figuras distintas, como Ludovico Antonio Muratori, François-Marie Arouet Voltaire, David Hume, Edward Gibbon, August Ludwig von Schlözer o Barthold Georg Niebuhr hablaron con mucho entusiasmo de la necesidad de romper con la tradición y de fundar una Historia distinta. Algo similar les pasó, algunas décadas después, a los historicistas alemanes, que propusieron una hermenéutica histórica que pretendía ser nueva, por su valor científico. Luego de que se asentara esa fórmula, como el canon en Historia, surgieron otras voces, hacia fines del siglo XIX, que alegaron nuevamente a favor la novedad. Kart Lamprecht, Henri Berr y, poco después, James Harvey Turner, trataron de elevar la historia al rango de una Ciencia Social. Luego tocó el turno de Marc Bloch y Lucien Febvre. Ellos al igual que todos sus predecesores hablaron de una “nueva historia”. Más bien, como hizo ver Fernand Braudel, con algo de humor, de una “nueva *nueva historia*”⁴³.

Todas estas etapas de renovación trajeron consigo algo genuinamente nuevo. Pero sólo dos de ellas resultaron novedosas en un sentido importante: los renovadores de las distintas épocas se anotaron victorias parciales; los únicos *nuevos historiadores* que fueron ciento por ciento exitosos han sido los historicistas, y los renovadores de la segunda mitad del siglo XX.

Los datos están a la vista. La Nueva Historia se impuso, como discurso oficial, hacia fines de la década de 1940, en Francia, país pionero en el camino de la renovación. En los siguientes años vivió progresos de alcances limitados en un puñado de países, hasta que se produjo un estallido generalizado de popularidad en la década de 1960, cuando logró asentarse por fin como una ortodoxia en casi todo el primer mundo⁴⁴. Este *boom* fue sorprendente, por su magnitud, pero no se dio en el vacío. En el caso de muchos de estos países pudo contarse con núcleos muy activos de intelectuales que habían tenido el tiempo y los recursos para generar las bases necesarias para que se asentara una transformación a gran escala. En el caso de los países del Tercer Mundo, en cambio, no hubo nada de eso. La Nueva Historia cayó como un ladrillo pesado sobre las universidades, los establecimientos de secundaria y, por cierto, el currículo, sin anuncio previo, de un día para otro, dejando a todos mal parados.

En los años noventas la definición de la Historia como una Ciencia Social se volvió la actitud dominante. Esto sucedía al mismo tiempo que las áreas de renovación se ampliaban y se multiplicaban las obras que demostraban la pertinencia y fertilidad de los nuevos enfoques. Este trabajo pionero permitió a los lectores descubrir una Historia más rica, diversa, divertida, emocionante, motivadora, problematizadora y fluida, que superaba a la que existía en muchos terrenos, pero que acusaba, también, ciertos problemas.

La Nueva Historia no logró destronar a la vieja en ninguna parte, especialmente en el caso de países del Tercer Mundo, donde la renovación se había

⁴³ Ignacio Olábarri, “La Nueva Historia, una estructura de larga duración”, pp. 32-34.

⁴⁴ José Andrés-Gallego, *New history, nouvelle histoire: hacia una nueva historia*, p. 15.

impuesto desde arriba. Esto supuso una serie de problemas prácticos. Aunque la Nueva Historia era la voz oficial, predicada en todos los niveles, su presencia real en las distintas esferas fue mucho menos real de lo que sería deseable. Los institutos o escuelas de Historia siguieron poblados de historiadores tradicionales, que publicaban sin ningún sentimiento de culpa narrativas sobre Estados, protagonizadas por agentes esclarecidos de la elite (o por los líderes del radicalismo comprometido, que son a la vez el antónimo y el sinónimo de los grandes héroes de la política). Estos investigadores no eran parias dentro de su medio. Lejos de eso, ocupaban buenas posiciones académicas, dirigían los institutos, conformaban las asociaciones de pares. Lo que sucedía dentro de las universidades se daba con mayor fuerza dentro de los establecimientos de enseñanza primaria y secundaria, poniendo en evidencia que lo de la Nueva Historia eran solamente buenas intenciones. Lo concreto es esto: en países como Chile no se había producido una sucesión de paradigmas; lo que había sucedido es que lo nuevo había tenido que aprender a convivir con lo viejo, en una armonía extraña, enredando el escenario en el cual tenía que moverse el educador.

Los problemas expuestos se vieron agravados por un cambio que se dio dentro del propio campo de la educación, que movió todavía más el piso a los profesores.

En los años noventa se les impuso la exigencia de modificar de manera sustantiva sus prácticas. Los profesores estaban acostumbrados a actuar como 'modelos', que debían ofrecer a sus estudiantes conocimiento decantado, tal cual se encontraba disponible en los textos elaborados por los historiadores. La reforma, inspirada en el constructivismo, cambió las reglas del juego, al intentar potenciar el papel que cumplía el estudiante en la elaboración del conocimiento.

El profesor fue transformado en una especie de mediador, cuya tarea ya no era ofrecer conocimientos decantados, sino conducir el trabajo de investigación y descubrimiento personal que debían realizar los propios estudiantes, siguiendo los esquemas de inteligibilidad, propios de la disciplina. Este desplazamiento desde el profesor al estudiante, desde el instructor al aprendiz, desde el emisor al receptor, impuso a los educadores la exigencia de aprender algo nuevo, que sus propios centros formativos no estaban en condiciones de brindarles: para guiar a los estudiantes en la construcción personal de un conocimiento histórico, necesitaron entender qué es la Historia hoy, cómo hace ella su trabajo, cuáles son sus conceptos, sus problemas, sus soluciones; tuvieron que aprender, junto con ello, la nomenclatura de pasos que debe seguir un investigador que hace Historia, todo lo que es propio de un enfoque histórico, en tanto distinto de cualquier otro enfoque; por si fuera poco, tuvieron que adquirir un conocimiento más fino sobre lo que son y aportan otras Ciencias Sociales.

Estos cambios, que están en pleno curso, han transformado la enseñanza de la Historia en una especialidad sumamente exigente (y el ramo mismo, en uno de los más difíciles en el menú escolar).

¿Cómo pueden los profesores de carne y hueso enseñar una historia que ya no tiene centros, que refleja todas las contradicciones apuntadas más atrás?, ¿cómo puede la sociedad pedirles a ellos que encuentren una solución a conflictos que los propios historiadores no han sido capaces de despejar?, ¿cómo puede exigirles, además, que operen estos milagros al mismo tiempo que tienen lugar cambios importantes que rebajan su autoridad en el micromundo social que constituye cada establecimiento escolar o universitario?, ¿por qué no volver, dados todos estos problemas, a la fórmula más tradicional de Historia, que tiene ejes articuladores claros, que sirve a finalidades que están a la vista y que se apoya en un modelo pedagógico que funciona?

Hay excelentes razones para optar por la 'Nueva Historia', hoy en día, con preferencia a la 'Historia Tradicional'. Hablemos de eso para cerrar este capítulo.

Los cambios vividos por la historiografía en esa rica etapa de experimentación que se inició luego de la Segunda Guerra Mundial, transformaron a la Historia en una disciplina mucho más rica, diversa y potente. La apertura a las posibilidades ofrecidas por las distintas Ciencias Sociales refrescaron el campo del investigador, permitiendo que se incorporaran temas, conceptos, enfoques e intereses mucho más amplios. Al librarse de las obsesiones que limitaban el interés de los historiadores decimonónicos, los investigadores pudieron explorar, de manera mucho más rica, las facetas que ofrece la realidad de una época difícil, que conoce fenómenos como la Guerra Fría, la descolonización, la formación del Tercer Mundo, junto a grandes cambios sociales, como la migración campo-ciudad o la explosión demográfica.

La Nueva Historia, viva en nuestro currículo, es un instrumento sofisticado, capaz de proporcionar visiones menos sesgadas del hombre, cuyo gran valor es su capacidad para poner de relieve la rica complejidad de los asuntos humanos, rehuyendo los estereotipos simplificadorios, que eran característicos de una historia tradicional que transformaba todo lo real en un capítulo de la política.

Aparte de su capacidad para dar un tratamiento más complejo a los hechos sociales, la Nueva Historia ha sabido recuperar esas intenciones universalistas que eran propias del estadio preprofesional de su desarrollo, cuando los humanistas se hacían grandes preguntas acerca del pasado para resolver los dilemas que eran urgentes en el presente.

La Historia es única en esto. Las ciencias sociales han renunciado hace rato a las explicaciones globales, en esta época posmoderna en que se ha perdido la fe en el valor de la razón. Los historiadores son, en este contexto, los hablantes residuales de una lengua muerta (la del gran discurso). Sólo ellos, por lo mismo, pueden aportar a los jóvenes esas explicaciones integrales de los fenómenos sociales que son necesarias para discernir la dirección que llevan los procesos de cambio. La gracia de estas visiones de conjunto es que no sólo ayudan a entender la realidad pasada como algo multivariado, que se está siempre rehaciendo, como resultado de la tensión pasado-presente. Al adquirir las herramientas intelectuales del historiador, los jóvenes se educan

para entender mejor el mundo social fluido que les ha tocado vivir en una época en que la única regla constante es la del cambio radical y permanente.

La fortaleza de este universalismo humanista, que busca abrir la mente a todas las posibilidades y no clausurar la verdad con certidumbres finalistas, se potencia con la soltura del lenguaje. Los nuevos historiadores recuperaron la primera persona de la enunciación. La Historia que se escribe hoy es más personal y más inquieta, sin caer en la liviandad. Los textos históricos se han vuelto más densos. En lugar de recopilar datos que no interesan a nadie, plantean arduos problemas. No son pacatos en la expresión, no tratan de disfrazar los argumentos con retórica científica, no reniegan del humor ni de la ironía. Son, además, mucho más francos. Sus autores no se avergüenzan por exponer su subjetividad, no reniegan de sus intereses, no ocultan su fuerte compromiso con el presente. Cultivan, además, un espíritu democrático con relación al conocimiento que le viene bien a esta época.

Los historiadores de nuestro tiempo ya no escriben para una reducida secta de iniciados. Escriben para un público inteligente, lo más amplio posible, formulando interpelaciones que alimentan la curiosidad por el trabajo histórico, que desnudan las características de éste, que intentan motivar en el lector el desarrollo de una perspectiva o enfoque histórico.

Su arsenal de herramientas intelectuales es más rico. Los historiadores de nuestros días usan con pertinencia la teoría, son metodológicamente más consistentes, saben enunciar los problemas, plantean hipótesis con más honestidad, declaran sin culpas sus presupuestos, realizan un tratamiento prudente de las pruebas sin caer en la exageración pesada de la erudición, se muestran abiertos a aprovechar los recursos de expresión que aportan las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, que son el tema del capítulo final de este libro, porque son plenamente conscientes de los increíbles desafíos que plantea un tiempo, como el presente, en que el consumo y la generación del conocimiento se han democratizado.

Fin a esa Historia elitista, que era monopolizada por un gremio profesional que se arrogaba el control exclusivo de las verdades históricas, fin a ese papel tan poco lucido del profesor de Historia, como mero reproductor del conocimiento desarrollado por especialistas un poco pomposos. En nuestros días eso es pasado. Todos, incluidos nuestros estudiantes, pueden ser los artífices directos de su conocimiento sobre el pasado; todos pueden, en el plano que les convenga, dar vida a la tradición reinterprelando las huellas que ella nos va dejando.

En este escenario tan propicio comienza a hacerse posible terminar, por primera vez, con el principal lastre que confronta la enseñanza de la Historia.

La Historia ha sido mirada, durante mucho tiempo, con cierta desconfianza. Hay razones justificadas para ello. Los saberes históricos escolares, tal cual son practicados en muchos lugares, no tienen ningún sentido práctico, ningún valor real, más allá de las paredes de la escuela, el colegio o la universidad. La Historia que se enseña allí, que prolonga por inercia las modalidades que eran propias de otros tiempos, no afecta la mente o el alma de los jóvenes, de

una manera que pueda ser útil para que ellos puedan formarse una conciencia histórica profunda o para que ellos puedan desplazar, como querríamos, los aprendizajes adquiridos a otros contextos, otras situaciones societarias. Lo que se aprende en clase se desvanece una vez que los estudiantes terminan de rendir las evaluaciones o concluyen los cursos.

Eso es efectivo, de manera evidente, por un conjunto amplio de razones prácticas que sería largo explicitar. Pero no pasaría lo mismo si existieran las condiciones para que la Nueva Historia pudiera penetrar en serio en el mundo escolar y universitario.

La Nueva Historia, se ha visto, constituye un instrumento educativo formidable para educar, de manera integral, a los ciudadanos del mundo globalizado. A diferencia de la Historia Tradicional, diseñada para domesticar a las personas, generando en ellas un espíritu apático y estandarizador, que sólo se exaltaba por cuestiones de dignidad nacional, la Nueva Historia tiene una textura abierta, un espíritu radical y libertario, que estimula la creatividad, que potencia todas las actitudes de base (o ‘competencias’, según las nomenclaturas que se usarán en los capítulos siguientes) que son necesarias para actuar con solvencia social en el mundo de hoy. Un mundo que conoce transformaciones más revolucionarias de las que se dieron jamás.

Por este motivo, más que por cualquier otro, puede decirse que la Historia conserva toda su vigencia.